

Rudens

Patricio Chamizo

Comedia musical.

PERSONAJES

SACERDOTISA.

ÁTICA.

GALO.

REBANACUELLOS.

JULIA.

RAJANALGAS.

SERBIO.

LIBIA.

PINCHAPECES.

CANTAMAÑANAS.

PIESPLANOS.

CORO.

ESCLAVO.

SOLDADOS.

PESCADORES.

MUJERES.

PRIMERA PARTE

Acción y decorados.

El escenario tiene tres centros de interés en los que transcurre la acción: a la izquierda, en último término, el templo de Venus. Es una estructura practicable que nos permite ver el altar de la diosa cuando la acción lo requiere, o sólo la fachada, cuando en el templo no pasa nada.

Esta fachada puede ser un telón de gasa pintado, en que sólo se ve el interior si está iluminado. No es un templo romano. No sabemos si es griego, cartaginés o íbero. En cualquier caso se trata de un templo viejo que ha servido durante varias civilizaciones a los pescadores.

El tercio derecho lo constituye un jardín romano. Pero no corresponde a una gran mansión, sino a una humilde casa. Sin embargo, el jardín denota que en esa casa vive alguien que es romano, o tiene simpatía por ellos, pues toda su ornamentación, aunque humilde, corresponde a un parterre romano. Al fondo del jardín vemos la fachada de la casa. Es de una sola planta. La puerta principal está situada en el centro; a su derecha, una ventana. En medio de ambas, hay un ara con el lar de la casa.

El espacio que hay entre el templo y el jardín es, prácticamente, toda la escena, ya que el templo sólo ocupa el rincón izquierdo del foro, y el jardín, un tercio de la escena, pero en diagonal. Desde el foro a primer término derecha. El foro es el mar y todo lo demás es cielo, gris, o azulado, según lo requiera la acción. Al socuello del templo hay una barca en reparación y redes colgadas al sol, arpones y otros utensilios de pesca. Pero todo ello es de una gran pobreza.

EMPIEZA LA ACCIÓN.

CUADRO PRIMERO

La escena está en penumbras. Se oye el fragor del viento. Un relámpago ilumina fugazmente la escena. Momentos después se oye un enorme trueno. A continuación una lluvia torrencial inunda toda la escena. Por el foro se oye el bramido de las olas al romper. El templo se ilumina lentamente. Vemos el altar de la diosa Venus, a las MUJERES, arrodilladas y a la SACERDOTISA, de pie, elevando a la diosa la siguiente plegaria:

SACERDOTISA.- ¡Oh, Venus, diosa inmortal!

A Eolo, dios de los vientos,
a Júpiter truculento,
a Neptuno, dios del mar,
 sosiégales con tu amor
para que haya bonanza
y venga la luz que lanza
Apolo, el gran dios del sol.

MUJERES.- Que los pobres pescadores
en sus oficios marinos,
lleguen bien a sus destinos
sin daños ni sinsabores.

SACERDOTISA.- ¡Piedad, Venus poderosa!
¡Piedad por estos obreros,
por los llantos lastimeros
de sus queridas esposas!
 ¡Gloria, diosa de bondad!
¡Gloria, mi diosa adorada!

¡Gloria, diosa venerada
por toda la eternidad!

(Las MUJERES se levantan, salen del templo y van al foro mirando al mar. La luz del templo se desvanece. Los truenos se han ido alejando y amaina el viento.)

ÁTICA.- (Dentro.) ¡Vamos, hispanos inútiles, salid ya de una vez antes de que la tormenta arrase el jardín!

(Entran dos ESCLAVOS hercúleos con la cabeza rapada.)

¡Recoged los jarrones y las macetas! ¡Meted el triclinio y la mesa! ¡Vamos, rápido!

(Mientras los ESCLAVOS continúan con su actividad de meter en casa todo lo que les han ordenado, va amaneciendo. Ya no llueve. Las MUJERES se van por el lateral derecho del foro, sin dejar de mirar al mar. Entran ÁTICA y GALO. La primera es una joven y escultural esclava personal, por lo que sus vestidos son bonitos. Él es un esclavo, también personal, por lo que no está tonsurado como los otros, y sus vestidos son también muy vistosos. Ella es la gobernanta de la casa y él es algo así como ayuda de cámara. ÁTICA, a pesar de su exuberante hermosura, es dura de carácter, o al menos intenta parecerlo, mientras que GALO es una «mariposa», es decir, muy afeminado.)

ÁTICA.- ¡Oh, dioses inmortales, qué tormenta más espantosa!

GALO.- ¡Qué relámpagos! ¡Qué truenos! ¡En mi vida he visto cosa igual! ¡Me tienen el cuerpo descompuestito! ¡Ah!

ÁTICA.- Porque eres un cobardica.

GALO.- ¡Ya saltó la griega pepona!

ÁTICA.- ¡Déjate de quejitas y vamos a poner bien el jardín!
¿Dónde se han metido esos malditos hispanos? ¡Vaya regalo que nos hizo Pinchapeces!

GALO.- Son nuevos y no conocen nuestras costumbres. Por lo demás, son unos tíos buenísimos. ¡Qué hombres! ¡Qué músculos!

(Por el lateral izquierdo, primer término, entran cuatro SOLDADOS romanos custodiando a un prisionero atado con cadenas. Al frente de ellos va REBANACUELLOS. Éste es un decurión corpulento y con cara de bestia parda. El prisionero es SERBIO, un joven arrogante y altanero, a pesar de los grillos que le aprisionan. El cortejo llega hasta la verja del jardín, cuya puerta está situada en primer término. REBANACUELLOS levanta la mano saludando a ÁTICA.)

REBANACUELLOS.- ¡Salud! ¿Vive aquí Casio Camilo Polión, más conocido por Rajanalgas?

ÁTICA.- Sí; aquí vive.

REBANACUELLOS.- Traigo un regalo para su parienta, Julia, la Bienpeiná de parte de mi jefe, el gran centurión Pinchapeces.

ÁTICA.- ¿De qué regalo se trata?

REBANACUELLOS.- De este esclavo. (A SERBIO) ¡Eh, tú, acércate!

(SERBIO es empujado por los SOLDADOS y entra en el jardín. GALO lo contempla maravillado.)

¡Hala, ahí lo tienes!

ÁTICA.- ¿Otro esclavo? ¡Tu amo está tonto! ¡Pues como sean como los dos que nos regaló hace un mes, apañados estamos! Aquí, lo que necesitamos es dinero, vacas, corderos y gallinas para nuestra granja. Y tu amo, en vez de mandarnos comida, nos manda bocas para comer. ¡Tu amo está tonto perdido!

(Entra JULIA escoltada por los dos ESCLAVOS; ella se acerca al grupo y los dos ESCLAVOS quedan haciendo guardia a ambos lados de la puerta. JULIA es una matrona romana. Viste muy elegante, pero lo que más destaca de su atuendo es el peinado. De ahí le viene el apodo de «La Bienpeiná».)

GALO.- ¡Ay, Ática! Este esclavo no es como los demás. Parece un príncipe.

JULIA.- Es verdad. Pinchapeces es muy gentil.

REBANACUELLOS.- Os advierto que éste es un bicho malo. No os podéis figurar el trabajo que nos costó atraparlo. Y cuando ya estaba yo a punto de rebanarle, vino Pinchapeces y me dijo, dice: «¡No, a ese no me lo rebanes que lo quiero para un regalo!» ¡Bonito regalo! ¡Crucificado debería estar!

ÁTICA.- ¿Qué hacemos, ama? ¿Se lo devolvemos? Puede ser peligroso.

JULIA.- ¡No, qué va! También parecían peligrosos esos dos con tanta musculatura y ya los ves: más buenos y pacíficos no pueden ser. (A REBANACUELLOS.) Quitadle las cadenas.

(Los SOLDADOS obedecen a un gesto de REBANACUELLOS.)

¡Anda, Galo! Llévatelo, dale un buen baño y lo vistes con ricas ropas. Tienes razón: Es un esclavo de lujo. Lo pondré a mi servicio personal.

GALO.- (A SERBIO.) Vamos, macho hispano. Te voy a dar un friego que te voy a dejar más limpio que una patena

(Inician el mutis GALO y SERBIO. Los dos ESCLAVOS que están en la puerta, al ver a SERBIO se cuadran militarmente. GALO y SERBIO se van por la casa.)

REBANACUELLOS.- Ya os he dicho que es un bicho malo; pero si os da problemas, me avisáis y os lo rebano. ¡Es que mi jefe es más tonto!

JULIA.- ¿Tú crees que tu jefe es tonto?

REBANACUELLOS.- Desde la batalla de Zama, en la que vencimos a los cartagineses, está más tonto que una pava borracha. Pero es muy bueno y tiene muy buen corazón. A mí me deja degollar a todos los prisioneros condenados a muerte.

ÁTICA.- (Aparte.) ¡Ay, qué tío más bestia!

JULIA.- Por lo que se ve, a ti te gusta mucho **(Con un gesto expresivo señalándose el cuello.)** rebanar.

REBANACUELLOS.- Sí, es mi debilidad. Por eso todos me llaman Rebanacuellos. Y es que yo en el fondo soy muy sentimental.

JULIA.- (Siguiéndole la corriente.) Eso será porque degüellas con mucho sentimiento, claro.

REBANACUELLOS.- Sí. Yo rebano a los prisioneros porque me dan lástima.

ÁTICA.- (Aparte.) ¿Pues qué hará éste tío cuando se enfada?

JULIA.- (Igual que antes.) Claro; porque es una pena hacerlos prisioneros. ¡Con lo que se debe sufrir estando encerrado!

REBANACUELLOS.- ¡No, si yo no lo digo por eso! Es que la norma es crucificarlos; pero eso es una salvajada. Hay crucificados que tardan hasta tres días en morir con una espeluznante agonía. A veces, para que no sufran tanto, les rompemos las piernas y así mueren antes. De cualquier forma, no me gusta eso. En cambio, yo los rebano y no dicen ni pío. Pero a ese sí que me hubiese gustado crucificarlo porque es peligroso. Ahora, que si te da problemas, ya te lo he dicho, vengo y te lo rebano. ¿Mandas algo más?

JULIA.- No; muchas rebanadas. ¡Uy! Quiero decir muchas gracias.

REBANACUELLOS.- Bueno, pues aquí te dejo los papeles de la legalización.

(**REBANACUELLOS saluda brazo en alto y dando media vuelta se va con sus SOLDADOS. Entra GALO corriendo todo alborozado.**)

GALO.- ¡Qué belleza de hombre! ¡Esto sí que es un regalo, ama! ¡Cómo está el tío!

ÁTICA.- ¡Qué asco! ¡Qué ansia de hombre tienes!

GALO.- Claro, como tú tienes al amo, que te hace la rueda...

ÁTICA.- ¡Maldito mariquita, a mí no me hace la rueda nadie!

GALO.- (Serio.) ¡Ja, ja y ja!

(**ÁTICA trata de golpearle, pero GALO se va corriendo.**)

ÁTICA.- (A JULIA, ruborizada.) No creerás lo que dice ése, ¿verdad?

JULIA.- De mi marido me creo todo lo que me digan, pero a ti no te creo capaz de hacerme una faena.

ÁTICA.- Tu marido es un mujeriego, tú ya lo sabes. No sé por qué le quieres tanto.

JULIA.- Si no le gustaran las mujeres, sería como Galo. Todos los hombres son iguales. Pero me molesta que mire con deseos a otras mujeres. Y, además, lo hace sin ningún recato. (Pausa.) Ese esclavo me ha dado una idea. ¿Y sabes por qué le quiero poner a mi servicio personal? Pues para darle celos, para que se entere de lo que se sufre con la infidelidad.

ÁTICA.- Yo le pondría al servicio del amo y a Galo, contigo. Tú sabes que tu marido le odia.

JULIA.- Ya lo sé. Puse a Galo a su servicio porque así tengo un confidente y un aliado, pues no es la primera vez que le ha chafado alguna aventura.

ÁTICA.- ¿No será peligroso dar celos a tu marido?

JULIA.- Mi marido no tiene celos, ni se preocupa por nada. Ahí le tienes durmiendo a pesar de la tormenta. Ni un rayo le conmueve.

ÁTICA.- Pues, si así lo quieres, yo también seré tu aliada. Voy a preparar el baño.

(**ÁTICA inicia el mutis por la puerta del foro, pero en ese momento entra RAJANALGAS y se cruzan en el camino. Este mira a su mujer y al verla de espaldas le tira un pellizco a ÁTICA.**)

ÁTICA.- ¡Buenos días, amo! (**Aparte.**) ¡Déjame!

RAJANALGAS.- Tú sí que estás buena.

ÁTICA.- ¿Has dormido bien?

RAJANALGAS.- No; he tenido una terrible pesadilla. He soñado con una tormenta. (**Se despereza y bosteza.**) Tengo que ir al astrólogo para que me interprete ese sueño.

(**ÁTICA hace mutis riendo.**)

JULIA.- Ese sueño lo puedo interpretar yo.

RAJANALGAS.- ¿Tú?

JULIA.- Sí, mira; ese sueño significa...

(**RAJANALGAS la escucha con mucho interés.**)

Significa que tienes una pachorra más grande que un obelisco.
¿Es que no te cansas de dormir tanto?

RAJANALGAS.- ¡Qué va! Yo durmiendo resisto mucho.

JULIA.- ¡Ah! ¡Qué sería de esta casa si no fuera por mí!

RAJANALGAS.- ¡Como debe de ser! En la casa del hombre macho quien manda es la mujer. ¡Reina mía!

(Trata de abrazarla, pero ella le rechaza.)

JULIA.- ¡Déjate de zalamerías! Por culpa de tu cachaza, los malditos cartagineses nos robaron a nuestra hija cuando derrotaron a nuestro ejército en la batalla de Cannas.

RAJANALGAS.- De eso hace ya quince años. Hay que olvidar.

JULIA.- Aunque pasen mil, siempre la recordaré. ¡Mi pobre niña! ¡Qué habrá sido de ella!

RAJANALGAS.- Con eso lo que consigues es mortificarte y ponerme nervioso.

JULIA.- ¿Nervioso tú?

RAJANALGAS.- ¡Sí, yo! A mi amigo Pinchapeces le han ascendido el mes pasado a centurión y desde entonces no le he vuelto a ver. Hemos venido a Hispania en busca de fortuna.

JULIA.- Y al paso que tú vas la vas a alcanzar pronto.

RAJANALGAS.- Tú eres muy lista, pero en cuanto a negocios no entiendes nada. Hispania es riquísima en ganadería, agricultura y minería. ¿Y quién manda hoy en Hispania? Los militares. ¿Y qué es mi amigo Pinchapeces? ¡Militar! Y ése, con un poco de suerte, me tiene que conseguir un cargo de recaudador de impuestos en esta zona, con el que nos haremos ricos en un par de años. Por eso estoy nervioso por el tiempo que hace que no le veo. Pero vendrá y me dará el cargo. (Soñador.) ¿Y sabes tú qué haría yo siendo rico?

JULIA.- Claro. Dormir más y mejor.

RAJANALGAS.- ¿Yo rico y con dinero en el bolsillo me iba a quedar en la cama?

(**JULIA le mira. Él se percata de que ha delatado sus orgiásticas intenciones y trata de arreglarlo.**)

¡Pues no, señora! Me levantaría de madrugada para estar más tiempo llamándote ¡guapa!

JULIA.- ¡Anda ya, so tonto! ¿Pero tú crees que ese idiota de Pinchapeces tiene suficiente influencia para conseguirte ese cargo?

RAJANALGAS.- ¿Que si tiene influencia Pinchapeces? ¡Un centurión de Escipión el Africano, el vencedor de Aníbal, el conquistador de Hispania! Toda la que quiera y más. Por eso la amistad con Pinchapeces es para mí importantísima.

JULIA.- No sé. Yo, de ese tío tan tonto no me fío. En fin; allá tú. Por cierto: Hace un rato ha venido el Rebanacuellos a traerme un regalo de tu amigo.

RAJANALGAS.- ¿Lo ves? ¡Si ya te he dicho yo que me quiere mucho porque somos amigos desde la infancia! ¿Y qué te ha regalado esta vez?

JULIA.- Un esclavo.

RAJANALGAS.- ¿Otro esclavo?

JULIA.- Sí; pero el de hoy es distinto: Es un esclavo de lujo.

RAJANALGAS.- Siendo así, es un buen regalo. Un esclavo de lujo puede valer medio millón de sextercios.

(**Se frota las manos. Entra GALO seguido de SERBIO. Este viene bien vestido y peinado. GALO se lo presenta a JULIA muy contento. RAJANALGAS lo contempla y queda admirado, pues considera que se ha quedado corto en valorarlo. Se frota las manos de contento. Pero ve a**

JULIA, que contempla a SERBIO arrobada y frunce el ceño. JULIA sabe que su marido la está mirando y suspira con intención.)

JULIA.- ¡Qué belleza de esclavo! ¡Es un Adonis!

RAJANALGAS.- Mañana lo llevo al mercado de Cádiz.

JULIA.- ¡De eso, nada! Este esclavo es mío y no se vende.

RAJANALGAS.- Entonces que le rapen la cabeza y le vistan como a los otros.

JULIA.- Pinchapeces lo ha elegido para esclavo personal mío porque un belleza como éste no se encuentra todos los días. Me gusta con esos pelos y esos vestidos. Gracias, Galo. Eres un artista.

(RAJANALGAS da vueltas alrededor de SERBIO mirándolo de arriba abajo.)

RAJANALGAS.- ¿De dónde eres, esclavo?

SERBIO.- (Altanero.) Yo no soy esclavo. Soy prisionero.

RAJANALGAS.- ¡Y encima, insolente! ¡Nada, nada! Mañana lo llevo al mercado. Es peligroso.

JULIA.- Pues yo le diré a Pinchapeces que el hermoso regalo que él me hizo tú se lo has despreciado y lo has vendido.

RAJANALGAS.- Si le dices eso no me dará el cargo.

JULIA.- Claro; por eso me lo tengo que quedar.

RAJANALGAS.- (A SERBIO, con gesto homicida.) Conque tú no eres esclavo, ¿eh?

SERBIO.- No.

RAJANALGAS.- Cuando pruebes el látigo y el ergástulo...

JULIA.- No quiero que lo encierres bajo tierra ni que marques su cuerpo con las túrdigas. (**Con intención.**) Yo sabré dulcificar su carácter.

RAJANALGAS.- ¡Julia, que me estás mosqueando!

JULIA.- Tu siempre tienes la mosca encima. Naciste cansado.

RAJANALGAS.- ¡Que vamos a tener disgustos gordos!

JULIA.- Por mi culpa no ha de ser.

RAJANALGAS.- ¡En esta casa mando yo y se ha de hacer lo que yo diga!

JULIA.- Antes dijiste que en la casa del hombre macho quien manda es la mujer.

RAJANALGAS.- ¿Cuándo he dicho yo esa tontería?

JULIA.- Hace un rato.

(**Da unos pasos hacia primer término. RAJANALGAS la sigue. Aparte.**)

¿Se puede saber por qué le tienes tanta manía a ese apuesto joven?

RAJANALGAS.- Pues por eso mismo: porque es apuesto y es joven. (**Aparte.**) Este encandila a Ática y me chafa los planes con ella.

JULIA.- ¿Y por qué más? (**Silencio.**) ¡Vamos, habla! (**Silencio.**) Le tienes manía porque crees que me ha encandilado su belleza. ¿No es por eso? (**Silencio.**) ¿Pero tú te has creído que yo soy tan casquivana y tan sinvergüenza como tú, que en cuanto ves una mujer guapa se te cae la baba?

RAJANALGAS.- ¿Que a mí se me cae la baba cuando veo una mujer guapa? ¡Ay, qué injuria! ¡Pero si a mí sólo me gustas tú!

JULIA.- No trates de negar lo que sé con absoluta certeza. Sé que asedias a Ática constantemente.

RAJANALGAS.- (Aparte, mirando a GALO.) Encima de maricón, chivato. (A JULIA.) ¡Eso es mentira!

JULIA.- Te has puesto como un energúmeno al sospechar que yo podría serte infiel. Pues eso te puede servir de referencia para saber lo que sufro yo con tus infidelidades. Pero escucha bien lo que te voy a decir muy seriamente: El día que yo te sorprenda tocándole un solo pelo a Ática te vas a enterar de quién es Julia «la Bienpeiná». Porque tú sabes que yo, cuando se me toma el moño, soy una fiera. ¿O no?

RAJANALGAS.- (Apabullado.) No te pongas así, lucerito mío. ¿Tú quieres tener ese esclavo? ¡Pues te quedas con él para siempre! ¿Te voy yo a negar un capricho a ti, mi vida? Vamos, que en cuanto vea a Pinchapeces le digo que me traiga media docena como ése. ¡Tener celos yo de ti, que eres la mujer más buena y más trabajadora que las abejas, que tan rica miel nos fabrican! Lo que pasa es que me consideras un zángano y que como zángano, debo morir. (Haciendo pucheros.) ¡Sí, moriré, porque tu enfado conmigo será mi muerte!

(Entra ÁTICA.)

ÁTICA.- El baño está preparado.

JULIA.- ¡Qué tormento de hombre! Anda, vamos a tomar el baño, a ver si se te pasa esa verborrea fúnebre.

RAJANALGAS.- Eso te lo digo porque me sale del alma.

JULIA.- ¡Qué tontito es! Vamos, vamos.

(Inician el mutis los dos. JULIA va delante. Él vuelve la cabeza para mirar a ÁTICA y le dice:)

RAJANALGAS.- (Aparte.) ¡Hermosa!

(Mutis. Tras ellos se van los dos ESCLAVOS. Quedan solos en escena SERBIO, GALO y ÁTICA, que está embelesada mirando a SERBIO. Se oye el coro de las MUJERES de los PESCADORES.)

MUJERES.- (Dentro.)

Maltratados por el mar,
por las olas abatidos,
ya vienen nuestros maridos;
se han logrado salvar.

(Entran las MUJERES y los PESCADORES tirando de dos cuerdas amarradas a la barca hasta que esta queda varada en el foro.)

¡Lucha, trabajo y valor!
¡Qué hombres tan admirables!
¡Qué vida tan miserable,
la vida del pescador!

PESCADORES.- Toda la noche a brazadas,
contra el mar embravecido.
Mas lo hemos conseguido:
Las redes están atestadas.

(Una vez la barca en su sitio, sueltan las cuerdas y se abrazan. Después entregan las nasas con el pescado a las MUJERES. Todo esto durante el tiempo que dure la música.)

MUJERES.- ¡Ven a mis brazos, amor mío!

¡Estás a mi lado, mi amor!

¡Qué amargo es el temor
de perderte algún día!

¡Lucha, trabajo y valor!

¡Qué hombres tan admirables!

¡Qué vida tan miserable
la vida del pescador!

PESCADORES.- La brega del pescador
es labor muy peligrosa;
la mar se pone furiosa
con el viento y su fragor.

Mas no arredra la porfía
nuestro trabajo esforzado;
hay que sacar el pescado
para comer cada día.

MUJERES.- ¡Lucha, trabajo, valor!

¡Qué hombres tan admirables!

¡Qué vida tan admirable
la vida del pescador!

Cantemos una canción
a la Venus poderosa
para pedir a la diosa
auxilio y protección.

PESCADORES.- La protección es tu amor,
que cada día me espera.

Toda mi vida entera
lucho por darte calor.

MUJERES.- ¡Lucha, trabajo, valor!
¡Que hombres tan admirables!

PESCADORES.- Qué esposas tan adorables
¡Qué bonito es el amor!

(Entran en el templo.)

ÁTICA.- ¡Vamos, es tarde y hay mucho que hacer! Ve a preparar el desayuno y que esos dos vayan limpiando la casa y haciendo las camas.

GALO.- ¡Estás tú lista! Esos dos ni saben ni quieren trabajar; bien lo sabes tú. Dicen que ese trabajo es de mujeres. Prefieren trabajar en la granja o en la huerta.

ÁTICA.- ¡Trabajarán donde se les ordene, y si no obedecen, serán azotados!

SERBIO.- ¿Por qué? Ellos no se niegan a trabajar; sólo piden respeto a su dignidad.

ÁTICA.- Los esclavos no tienen nada suyo. ¿Qué es la dignidad?

SERBIO.- La dignidad es la antorcha que ilumina el camino de la libertad.

ÁTICA.- ¿Y qué falta nos hace la libertad? Esos pescadores y sus mujeres son libres, pero viven en la más absoluta miseria. Yo no echo de menos la libertad.

SERBIO.- Nada se echa de menos hasta que no se necesita.

ÁTICA.- Nada necesitamos los que vivimos en casa de los amos. Lo tenemos todo. Tal vez los que trabajan en las canteras o en las minas les resulte pesada la carga.

SERBIO.- Entre esos que trabajan en las canteras y tú solo existe una diferencia: sus cadenas son de hierro; las tuyas, de oro. Ellos lucharán por librarse del yugo que les oprime; tú siempre serás esclava, porque amas tus cadenas y no odias la esclavitud.

ÁTICA.- De nada sirve odiar lo que no tiene remedio.

SERBIO.- Nada hay que no tenga remedio. Mi espíritu es libre y jamás se doblegará. Soy prisionero e intentaré escapar.

(Por el foro, donde se sitúa el mar, aparece una barca pequeña y en ella podemos advertir una mujer desvanecida.)

ÁTICA.- ¡No lo hagas! El castigo para los que huyen es la muerte en la cruz. Tú me recuerdas a los hombres de mi tierra, Grecia: eres culto y los romanos aprecian mucho esos valores. Te darán un cargo importante que tú puedas desempeñar y con el tiempo te darán la libertad.

SERBIO.- Ser libre y estar a su servicio es traicionar a mi pueblo, al pueblo íbero. ¡Escaparé!

(SERBIO ve la barca y corre hacia ella. ÁTICA cree que huye.)

ÁTICA.- ¡No huyas! ¡Te matarán!

(SERBIO ha llegado a la barca y rescata a LIBIA, que esta inconsciente, y la conduce en brazos hasta el centro de la escena, fuera del jardín. La posa suavemente en el suelo apoyando el torso sobre sus rodillas, por lo que no le ve la cara. Entra GALO y los dos ESCLAVOS con platos y observa la escena.)

GALO.- Ven. Tráela y la echaremos en el triclinio.

(GALO sale del jardín seguido de los ESCLAVOS. Ayuda a SERBIO cogiendo a LIBIA. SERBIO la contempla maravillado.)

SERBIO.- No. Esta mujer es libre y si la metemos en esa casa la esclavizarán.

ÁTICA.- (**Complacida.**) Sí; es cierto. Lo mejor es llevarla al templo.

SERBIO.- ¡Por todos los dioses! ¡Qué maravilla de mujer!

(**ÁTICA se siente incómoda.**)

GALO.- La buena sacerdotisa la cuidará.

SERBIO.- ¿Y qué menos puede hacer una sacerdotisa con una diosa?

GALO.- Tampoco es para tanto. ¡Ah, estos hombres! Vamos guapa, te llevaremos al templo.

LIBIA.- (**Volviendo en sí, musitando.**) ¿Dónde estoy?

SERBIO.- Estás a salvo y entre amigos.

(**LIBIA da un gran suspiro y vuelve a desvanecerse. GALO se dispone a llevarla.**)

ÁTICA.- Deja que la lleven ellos. Tú sigue sirviendo el desayuno.

(**Los ESCLAVOS llevan a LIBIA al templo. GALO vuelve al jardín. SERBIO contempla maravillado a LIBIA hasta que desaparece en el templo. ÁTICA observa a SERBIO, que parece ahora estar muy alegre. Mejor dicho, alucinado.**)

ÁTICA.- Toda la amargura de hace unos instantes se te ha tornado en alegría y felicidad.

SERBIO.- ¿Has visto alguna vez criatura tan bella?

(**ÁTICA siente un poco de amargura y frustración, que no puede disimular. SERBIO lo advierte.**)

¿Qué te pasa? Te has puesto triste de repente.

ÁTICA.- No es nada. (**Pausa. ÁTICA solloza.**) Soy muy desgraciada, Serbio. De pronto se me ha venido a la mente algo que hace tiempo tenía olvidado. Yo era una adolescente cuando me vendieron como esclava. Aquello me separó para siempre de un chico al que adoraba. Me sentí morir e hice todo lo posible por olvidarlo, quise olvidarme hasta de mi condición de mujer y se endurecieron mis sentimientos y mi sensibilidad. Me sentí a gusto de ser esclava de lujo. Hasta que apareciste tú, y ahora..., esa niña... (**Llora.**)

SERBIO.- No te preocupes, Ática. Cuando menos te lo esperes aparecerá un nuevo amor en tu vida.

ÁTICA.- Pero soy esclava y no me está permitido el matrimonio. Solo puedo vivir en contubernio, apareada como un animal, sin potestad sobre mis hijos, que en cualquier momento pueden ser vendidos como esclavos. ¡Ahora siento odio por la esclavitud! (**Llora.**) Aunque sea con cadenas de oro.

SERBIO.- Se te ha empezado a iluminar el camino de la libertad.

ÁTICA.- ¡Sí, Serbio! ¡Quiero ser libre y puedo lograrlo! Tengo dinero de mi peculio y puedo comprar mi libertad y la tuya. ¡Podemos ser libres y vivir juntos lejos de aquí!

(**ÁTICA espera ansiosa la respuesta de SERBIO, pero entran los dos ESCLAVOS que llevaron a LIBIA y eso acapara su atención.**)

SERBIO.- ¿Qué tal está?

ESCLAVO.- Muy bien, mi capitán.

SERBIO.- ¡Chist! Nadie debe saber quién soy. ¿Está bien ella?

ESCLAVO.- Sí; la Sacerdotisa la ha dado de beber y se encuentra bien. Creo que va a salir.

(Los ESCLAVOS se van. Entra LIBIA. ÁTICA entra en el jardín y se oculta tras una columna, observando a la pareja.)

LIBIA.- Dónde están tus compañeros.

SERBIO.- (Tímido, indicando la casa.) Se han ido.

LIBIA.- ¡Qué pena! Ni siquiera me han dado tiempo de darles las gracias por haberme salvado la vida.

SERBIO.- Yo..., yo... He sido yo quién te ha rescatado de la barca.

LIBIA.- (Contemplándole asombrada.) ¿Tú?

SERBIO.- Sí. (Aparte.) ¡Dioses, qué nervios!

LIBIA.- (Se acerca a él, muy femenina.) ¿Entonces te debo la vida?

SERBIO.- No..., no tiene importancia. (La tiene muy cerca de sí y se miran a los ojos. Pausa.) ¡Qué bonita eres! ¿Nunca te han dicho que eres preciosa?

LIBIA.- (Muy halagada, se ruboriza un tanto.) Sí; pero nunca con una mirada tan limpia ni tanta dulzura en la voz. ¿Cómo te llamas?

SERBIO.- Serbio. ¿Y tú?

LIBIA.- (Con un halo de tristeza.) Puedes llamarme Libia.

SERBIO.- ¿De dónde eres?

LIBIA.- No sé; tal vez soy romana.

Siendo niña me dijeron

que mis padres fallecieron
allá en tierras lejanas.

Como hija me adoptó
una familia fenicia,
y he de decir en justicia
que con amor me cuidó.

Pero Roma invadió
toda la Iberia fenicia
y con horror y codicia
a todos esclavizó.

También yo esclava fui
vendida en un mercado;
pero me he liberado
a punto de sucumbir.

Serbio: tú me has salvado;
mi amo yace en el mar;
ya ha purgado su mal,
pues era un desalmado.

Así debió de morir
quien me compró como esclava,
pero estoy angustiada
porque no sé dónde ir.

(Solloza. SERBIO la abraza con ternura, protector.)

SERBIO.- No llores, Libia. Yo te protegeré.

LIBIA.- Perdona, no lloraré más. Te lo prometo.

SERBIO.- Así quiero verte siempre: sonriente y feliz.

LIBIA.- Sí. ¿Qué mejor regalo puedo hacer a mi salvador?

(Le da un beso en la mejilla. SERBIO se estremece y la abraza contra su pecho, acariciando sus cabellos.)

¿Por qué no entraste en el templo con tus compañeros? ¿Eres acaso pescador y por eso viste mi barca?

(Pausa. SERBIO se separa de ella y se vuelve de espaldas, contrariado. Ella se acerca a él, que está con la cabeza baja. Le coge por la barbilla y le obliga a mirarla.)

LIBIA.- ¿No me escuchas? ¿Qué te pasa? ¿Por qué te has puesto tan triste de repente?

SERBIO.- ¡Soy el más desgraciado de todos los mortales!

LIBIA.- No digas eso. ¿Tú también tienes amargos recuerdos? ¿Tal vez el mar te arrebató al ser querido? No te aflijas. Yo estoy contenta. ¡Soy libre! Yo también quiero verte sonreír.

SERBIO.- ¡No puedo! ¡Malditos todos los dioses!

(LIBIA le mira asustada. Él se percata de ello y trata de serenarse.)

LIBIA.- ¡Oh! ¿Por qué blasfemas?

SERBIO.- Libia..., yo..., yo..., yo no soy pescador. ¡Soy un prisionero convertido en un miserable esclavo!

LIBIA.- Eso no disminuye mi agradecimiento ni mi afecto por ti. **(Sonríe.)** Tú eres mi salvador. ¿Lo has olvidado ya?

(SERBIO, exaltado, la coge por los hombros casi con violencia.)

SERBIO.- No me entiendes. ¡Yo te quiero!

Quiero vivir a tu lado,
pero estoy encadenado
como esclavo, prisionero.

Pero el destino ha querido
en el camino encontrarnos.

La solución es fugarnos
para vivir siempre unidos.

LIBIA.- ¿Sabes cuál es el castigo
de huir de la esclavitud?
¡Los cuelgan de una cruz!
No puedo irme contigo.

SERBIO.- Ser esclavo es más muerte
que clavarte en una cruz.
Pero has venido tú
y mi desgracia es suerte.

Iremos lejos por mar.
Huyamos de los tiranos,
pues si los dos nos amamos
¿qué te puede inquietar?

(LIBIA se vuelve y no responde. Él se da cuenta de que su propuesta no es aceptada por ella. Pausa.)

SERBIO.- Perdona. Me he atribuido un derecho que no tengo sobre ti. Perdona si te he molestado. **(Inicia el mutis hacia el jardín.)** Adiós.

LIBIA.- ¡Espera! **(LIBIA va hacia él.)** Eres tan vehemente que ni siquiera me has dado tiempo a reaccionar. Mi buen amigo. Mi salvador de la muerte. ¿Me crees tan insensible como para quedar indiferente ante tu apasionada declaración?

SERBIO.- ¿Entonces, me amas tú también?

LIBIA.- No sé si estoy soñando o delirando sin sentido en el fondo de la barca.

SERBIO.- ¡No! ¡Es una hermosa realidad!

LIBIA.- Sin embargo, mi destino es más incierto que nunca.

SERBIO.- No. ¡Eres libre!

LIBIA.- Sí; es cierto. Mi amo murió en el naufragio...

SERBIO.- La solución es huir.

LIBIA.- No. Pueden crucificarte. Es mejor separarnos y pensar que este momento no ha existido, que sólo ha sido una fantasía de nuestra imaginación.

(Le da un beso en la mejilla y corre hacia el templo. SERBIO se acaricia la mejilla, extasiado. Pausa. Se vuelve, mira alrededor. LIBIA ya no está.)

SERBIO.- ¿Habrà sido un sueño? ¡Oh, sí! La tormenta ha desprendido una estrella del cielo y yo he sido cegado por su resplandor.

(ÁTICA sale de su escondite y va al encuentro de SERBIO. En ese momento entran JULIA y RAJANALGAS.)

ÁTICA.- Vamos a la casa, no sea que se enfaden los amos.

RAJANALGAS.- (Aparte, mirando a ÁTICA y a SERBIO) Ya me la está camelando. ¡Nada, que me la pisa! A éste lo capo yo. (Alto, a SERBIO.) ¡Eh, tú! ¿Dónde está esa mujer que has rescatado de las aguas?

SERBIO.- Una mujer. Luego no estoy soñando.

RAJANALGAS.- ¡No te hagas el tonto! Has realizado un trabajo y yo soy dueño del producto. Esa mujer me pertenece. ¡Tráela aquí inmediatamente!

(LIBIA se asoma en la puerta del templo y observa lo que pasa. Tras ella sale la SACERDOTISA, y quedan expectantes.)

SERBIO.- No. Esa mujer es libre y está refugiada en el templo. No consentiré que entre en esta casa.

RAJANALGAS.- Tendré que enseñarte la disciplina que requiere tu condición. (A GALO y a los ESCLAVOS.) Bajadle al ergástulo y dadle veinte latigazos.

(GALO indica a los ESCLAVOS que le ayuden y entre los tres lo conducen hacia el interior de la casa.)

SERBIO.- Ya sé que los romanos sois una raza de rapaces asesinos. Podrás matarme, pero jamás lograrás que incline la cabeza ante ti.

ÁTICA.- (Aparte a SERBIO.) ¿Por qué has dicho eso? Lo has estropeado todo.

SERBIO.- Has sido tú quien les ha dicho lo de esa niña.

ÁTICA.- Yo no he dicho nada.

GALO.- He sido yo quien lo ha dicho. Pero no lo he hecho con mala intención.

RAJANALGAS.- (Aparte.) Se ve que está loca por él. Lo capo, lo capo. (Alto.) ¡Lleváoslo ya!

ÁTICA.- (A GALO y a los ESCLAVOS.) El que se atreva a tocarlo se las verá conmigo.

GALO.- ¿Yo voy a maltratar a ésta hermosura de hombre?
¡Grosera! (Mutis de los cinco.)

RAJANALGAS.- Se va a enterar ese niño de quién manda en esta casa.

(Se echan en el triclinio y comen.)

LIBIA.- (Asustada.) ¡Le van a flagelar! ¡Y ha sido por mi culpa!

SACERDOTISA.- No te preocupes. Conozco a Galo y a Ática y no lo harán. De todas formas, yo intercederé por él. Ahora sólo me importas tú y tu futuro.

LIBIA.- Mi futuro es más tenebroso que mi pasado. ¿Qué va a ser de mí, madre sacerdotisa?

SACERDOTISA.- Debes tener fe en los dioses.

LIBIA.- ¿En qué dios debo confiar?

¿En quien conduce los vientos?

¿En el que gobierna el sol?

¿En el que reina en los mares?

¿En la diosa del amor?

A todos ellos he rogado,
mas ninguno me escuchó.

Al que con ansia he buscado
es al dios de los que sufren;
al que a los pobres da paz;
consuelo a los afligidos.

¿Pero dónde está ese dios?

¡A ese dios quiero rezarle!

SACERDOTISA.- No busques más, niña mía,
reposa en paz sin temor;
ese dios que tú anhelas,
vivo está en tu corazón.

Si hay un dios de los vientos
y la diosa del amor,
el dios de los afligidos
vivo está en tu corazón.

Si son muy grandes los mares
e intensa la luz del sol,
el más bello sentimiento
vivo está en tu corazón.

Porque los dioses bendicen
la caridad, que es amor;
y ese don tan exquisito
vivo está en tu corazón.

No busque más, niña mía,
reposa en paz sin temor;
ese dios que tú anhelas,
vivo está en tu corazón.

LIBIA.- ¿En mi corazón, dices?

SACERDOTISA.- Sí. La morada que los dioses prefieren es el corazón de los humanos; pero sólo en los limpios encuentran cobijo. Y el tuyo es puro. Por eso los dioses, como en el más sagrado de los templos, vivos están en tu corazón.

LIBIA.- ¡Qué paz y qué bien me das, madre sacerdotisa!

SACERDOTISA.- Pues confía en Venus, la diosa del amor.

LIBIA.- ¡Pero a él lo han llevado al ergástulo!

SACERDOTISA.- Ten paciencia; todo se arreglará.

(Se arrodillan las dos ante el altar y quedan en actitud oferente. **ÁTICA** entra con un cuadro en la mano y queda pensativa en la puerta de la casa. Detrás aparece **GALO**. Hablan aparte, sin ser oídos por **JULIA** y **RAJANALGAS**.)

GALO.- ¿Qué haces con el retrato de la niña? Sabes que es una reliquia para ellos. Te castigarán.

ÁTICA.- ¡Calla! Estoy urdiendo una estratagema. Serbio quiere huir con ella. Voy a intentar que la adopten como hija.

GALO.- Estás enamorada de él, y en vez de alejarle de ella, vas a ponerla a su lado. No te entiendo.

ÁTICA.- Si la adoptan como hija no podrá tener relaciones amorosas con un esclavo, ¿Comprendes ahora?

GALO.- ¡Ah, lagartona, qué astuta eres! Pero yo, por si acaso, no quiero estar en medio.

(Vase **GALO**. **ÁTICA** se acerca al triclinio. **JULIA** la ve y se levanta de un salto.)

JULIA.- ¡Qué haces con el retrato de mi hija!

ÁTICA.- Perdóname, ama. Esa chica me ha parecido el vivo retrato de tu hija y quería cerciorarme a la luz del día. (**ÁTICA** inicia el mutis.)

JULIA.- ¡Espera! ¿Dices que esa chica se parece a mi hija?

ÁTICA.- Sí, ama. Es su vivo retrato. La pobre está sola en el mundo. Es náufraga.

JULIA.- Tengo interés en conocer a esa niña.

ÁTICA.- ¡Pues, ven! ¡Yo te la presentaré!

(ÁTICA sale del jardín y corre al templo, habla con la SACERDOTISA y LIBIA y las tres salen al atrio, al tiempo que se acerca JULIA y RAJANALGAS, éste no de muy buena gana.)

JULIA.- Buenos días, madre sacerdotisa. Hola, niña. ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes?

LIBIA.- Mi nombre es Libia. El barco en que viajaba, naufragó.

JULIA.- ¿Y no tienes familia?

LIBIA.- No.

JULIA.- Madre sacerdotisa, esta niña se parece mucho a la que perdí hace quince años. Si, como dice, no tiene familia, yo quiero adoptarla como hija.

SACERDOTISA.- ¿Con todas las prerrogativas que le confiere la ley?

JULIA.- ¡Naturalmente!

SACERDOTISA.- ¿Tu marido consiente y otorga?

JULIA.- ¡Claro que sí!

RAJANALGAS.- Yo no he dicho...

JULIA.- ¡Tú, te callas! (A la SACERDOTISA.) Él acepta.

RAJANALGAS.- Yo no quiero más gente en mi casa, porque...

JULIA.- (Dándole un codazo, aparte.) ¡O te callas, o me oyes!

RAJANALGAS.- Bueno, por no oírla... Está bien, acepto.

LIBIA.- ¿Y es que yo no cuento para nada? ¿Acaso soy yo esclava para que se me trate como mercancía? ¡Yo no acepto! ¡No quiero ser hija de ese monstruo que de forma tan despiadada trata a sus esclavos!

RAJANALGAS.- ¡Pues, mira, niña! Por mí, te puedes ir a...

JULIA.- (A RAJANALGAS, **dándole un codazo.**) ¡Cállate, animal! (A LIBIA.) Estoy dispuesta a perdonar a ese esclavo, incluso a premiarle por haberte salvado la vida.

LIBIA.- Y cuando yo acepte, le volveréis a castigar. ¡No, no, no! (**Pausa.**) Sólo aceptaré con una condición: daréis la libertad a ese hombre.

RAJANALGAS.- ¡Eso no te lo crees ni tú!

(**Codazo de JULIA.**)

JULIA.- ¡Vale, acepto! Considéralo libre desde este momento. (A ÁTICA.) Ática, ve inmediatamente y que liberen a ese hombre.

ÁTICA.- (**Desconcertada.**) ¿Liberar a Serbia?

JULIA.- Sí. ¡Inmediatamente!

(**Pausa. ÁTICA no acaba de creer lo que le dice.**)

¡Vamos, rápido!

ÁTICA.- Sí, ama. (**Se va corriendo, sollozando.**) ¡Oh, dioses, socorredme!

RAJANALGAS.- ¡Pero, qué va a decir mi amigo Pinchapeces!

JULIA.- ¡Que se vaya a paseo ese idiota!

RAJANALGAS.- ¡Perderé mi empleo!

JULIA.- Y yo ganaré una hija. ¿No estabas deseando de deshacerte de ese esclavo?

RAJANALGAS.- Sí. ¡Pero ese esclavo vale medio millón de sextercios!

JULIA.- ¡Esta hija vale mucho más, idiota!

RAJANALGAS.- (Mirando detenidamente y de arriba abajo a LIBIA) Sí, claro. No había yo caído. Seguro que me dan por ella dos millones de sextercios.

JULIA.- ¡Vete de mi vista, salvaje!

(Le golpea, le pellizca, le quiere morder. RAJANALGAS se refugia en el jardín.)

RAJANALGAS.- No tengo bastante con la fiera de mi mujer, que me quiere meter otra fiera en casa.

JULIA.- (Con mucha ternura, a LIBIA.) Ven conmigo, hija mía. No temas nada ni a nadie. Yo tuve una hija que ahora tendría tu misma edad. Gracias, madre sacerdotisa. ¡Hoy es un día grande para mí!

SACERDOTISA.- Que los dioses os acompañen.

JULIA.- Mañana te llevaré a Cádiz para legalizar la adopción.

(Van al jardín. RAJANALGAS se tumba en el triclinio.
Entran SERBIO, ÁTICA, GALO y los ESCLAVOS.)

SERBIO.- (A LIBIA.) ¿Qué haces en esta casa?

LIBIA.- Me han adoptado como hija.

JULIA.- (A SERBIO.) Desde este momento eres libre.

SERBIO.- ¿Así has comprado mi libertad?

LIBIA.- Sí. ¿No era eso lo que más deseabas? Tú salvaste mi vida; ahora te salvo yo. ¡Eres libre! ¡Vamos! ¡Alegra esa cara!

(SERBIO está anonadado.)

SERBIO.- ¿Y de qué me vale la libertad,

si tú quedas aquí prisionera?
Yo quiero llevarte conmigo
a lo alto de la montaña,
 donde es más puro el aire
y majestuoso el sol;
donde el cielo te acaricia
con la punta de las estrellas,
 donde el manantial te susurra,
engendrando el arroyuelo.
 En esa serena quietud
resaltaría tu belleza.
 Y en medio de todo, tú:
¡Reina de la naturaleza!
¿De qué me vale la libertad
si tú quedas aquí prisionera?

(Pausa. LIBIA le mira indecisa. Mira también a JULIA. No sabe si quedarse o salir corriendo con SERBIO. JULIA se percata del estado emocional de LIBIA.)

RAJANALGAS.- (Aparte.) La engatusa, se la lleva. ¡Este tío las encandila a todas! Al final nos quedaremos sin esclavo y sin dinero.

JULIA.- (A SERBIO.) ¡Eres libre! ¡Vete! Vamos, hija. Tienes que descansar, comer y vestirte. Vamos.

(Se van por la casa JULIA, LIBIA, GALO y los ESCLAVOS. Quedan en escena RAJANALGAS, acostado en el triclinio, SERBIO mirando a LIBIA hasta que desaparece, y ÁTICA mirando a SERBIO. Este, una vez LIBIA ha desaparecido, baja la cabeza y lentamente sale

del jardín y hace mutis por la izquierda. ÁTICA le sigue con la mirada hasta que desaparece. RAJANALGAS se levanta sigilosamente y se acerca a ÁTICA, abrazándola por detrás.)

RAJANALGAS.- Me tienes destrozado de deseo. Ahora no te escapas.

(ÁTICA se revuelve como puede y trata de zafarse de RAJANALGAS.)

ÁTICA.- ¡Quita tus sucias manos de mi cuerpo, maldito romano! ¡Yo tengo mi dignidad! ¡Tengo dinero de mi peculio y quiero comprar mi libertad!

(Se libera por fin de RAJANALGAS y sale del jardín. Va al centro de la escena y desde allí increpa a RAJANALGAS.)

¡Quiero comprar mi libertad! ¡Necesito la libertad! **(Ya, desgarrada, se dirige al templo, y de rodillas en el atrio, llora.)** ¡Quiero ser libre! ¡Quiero ser libre!

(RAJANALGAS, confundido, hace mutis lentamente, sin dejar de mirar a ÁTICA. Oscuro.)

CUADRO SEGUNDO

Dentro se oye una, llamémosle canción.

Vencedor en mil batallas,
éste es el gran militar,
con su táctica genial
al enemigo avasalla.

Levanten todos su mano,
inclinen todos su frente,
pues éste gran combatiente
es el tigre lusitano.

(Entra REBANACUELLOS al frente de cuatro soldados que portan una especie de camilla, o parihuelas, sobre la que va PINCHAPECES. Este es un centurión del que ya otros personajes han hecho referencias: que está como una pava borracha, tonto, idiota, etc. Pues todos se han quedado cortos al calificarle. Tras él va CANTAMAÑANAS llevando unas tablas enceradas y un punzón para escribir en ellas. El tal CANTAMAÑANAS hace juego con PINCHAPECES. Y eso de hacer juego tiene un doble sentido, porque si en un principio parece un tipo de la más refinada idiotez, pronto nos percatamos que se trata de una treta para ganarse el favor de su imbécil amo. CANTAMAÑANAS es un joven gaditano, esclavo de PINCHAPECES. En cuanto al «coro», formado por los cuatro SOLDADOS, no puede ser más ridículo. Cantan, pero desafinan, por lo que el cántico no puede ser más grotesco. Hay uno, el delantero derecho, que se retrasa en todas las estrofas. REBANACUELLOS, que es el director, busca al infractor, mira a CANTAMAÑANAS, como diciendo, «¿qué hago con éste tío?». Vuelven a repetir la «canción».)

SOLDADOS.- Vencedor en mil batallas,
este es el gran militar,
con su táctica genial
al enemigo avasalla.
Levanten todos la mano,
inclinen todos la frente,
porque éste gran combatiente
es el tigre lusitano.

(REBANACUELLOS no puede resistir más y le pega un pescozón al que desafina. Este, por efecto del golpe es desplazado hacia delante y cae rodando. Consecuencia de ello es que suelta las angarillas y esta se desestabiliza y se vuelca, dando con PINCHAPECES en el suelo.

REBANACUELLOS se lía a mamporros con todos, que cogen la silla vacía y se van. PINCHAPECES se levanta y se sacude la ropa.)

REBANACUELLOS.- (A CANTAMAÑANAS.) ¡Estos inventos tuyos de la silla y el coro te dije que no me gustaban!
¡Mira lo que ha pasado! ¡A ti te voy a dar yo por tus inventos y tus historietas de batallitas! **(A los SOLDADOS que se han ido.)** ¡Vosotros, venid aquí!

CANTAMAÑANAS.- A él le gustan mucho.

(Vuelven los SOLDADOS, sin la silla, pero ahora traen cestos y ánforas.)

PINCHAPECES.- ¡Limpiadme bien el traje!

(Los SOLDADOS le sacuden la ropa.)

¡Sacad brillo a mi escudo para que sus destellos cieguen a mis enemigos! ¿Dónde estás, Cantamañanas?

CANTAMAÑANAS.- Aquí, mi dueño y señor, releyendo tus portentosas hazañas.

PINCHAPECES.- ¿Te refieres, acaso, a los cinco mil cartagineses que barrí de un soplo en la batalla de Zama?

CANTAMAÑANAS.- No. Eso de Zama es tan famoso que hasta los niños lo saben. Me refiero a la batalla de Cannas. ¡Ahí te cargaste a diez mil, por lo menos! ¡Qué proezas!

PINCHAPECES.- Y eso que ahí, por abreviar, no se dice ni la cuarta parte. Por ejemplo: ¿Has leído ahí lo de los elefantes de Aníbal?

CANTAMAÑANAS.- No. Pero cuéntamelo tú y lo escribo.

PINCHAPECES.- Pues Aníbal llegó a Italia con enormes elefantes, animal africano desconocido por nosotros, y sembró el pánico entre nuestras tropas, produciendo la natural desbandada. Todo parecía perdido. Entonces, yo, para dar moral a los soldados, me lié a puñetazos, ¡zas, pum, chust, zas! Maté cincuenta de aquellos bicharracos.

CANTAMAÑANAS.- Un poco gordo, ¿no?

PINCHAPECES.- ¿Gordos? ¡Gigantescos eran aquellos horribles paquidermos!

CANTAMAÑANAS.- No, si yo me lo creo todo. Digo que me parece un poco gordo para que la gente se lo crea. ¡Hay tantos incrédulos y envidiosos!

PINCHAPECES.- Bueno, pues pon cuarenta.

CANTAMAÑANAS.- ¿Cuarenta?

PINCHAPECES.- Pon veinte.

CANTAMAÑANAS.- ¿Veinte?

PINCHAPECES.- Bueno, pues pon uno nada más. Pero que conste que yo maté elefantes.

CANTAMAÑANAS.- No, si yo, por apuntar lo apunto todo. (Aparte.) Este tío no es más tonto por que no es más alto.

PINCHAPECES.- ¡Eso, eso! ¡Tú apúntalo todo! ¡Que todo el mundo se entere de que soy el más bravo soldado!

(De pronto, una de las cestas se vuelca y de ella sale un conejo que cae a los pies de PINCHAPECES. Este pega un salto y corre por la escena gritando. REBANACUELLOS y los SOLDADOS, al oír los gritos desenvainan las espadas para hacer frente al peligro.)

REBANACUELLOS.- ¿Qué pasa, jefe? ¿Dónde está el enemigo?

PINCHAPECES.- (Temblando.) ¡Una rata! ¡Una rata!

REBANACUELLOS.- ¡Que no es una rata! ¡Es un conejo!

CANTAMAÑANAS.- Sí, jefe, es un conejo. Estamos en el país de los conejos, de esa plaga que no deja crecer una cosecha como es debido. A ver si terminas de matar cartagineses y te lías con los conejos, hasta que no quede uno.

PINCHAPECES.- ¿Un conejo? ¡Qué gracia, un conejo! (Furioso, desenvainando su espadín.) ¡Que me traigan todos los conejos de Hispania y los barreré de un solo tajo! ¡Je, je! ¡Conejillos a mí! ¿Dónde estás, Cantamañanas?

CANTAMAÑANAS.- Aquí, al lado del más glorioso soldado por el que las mujeres se mueren de amor.

PINCHAPECES.- ¡Eso es nuevo! ¡Qué bien te ajustas a mi espíritu! Las mujeres se mueren por mi amor. ¡Qué bonito es eso! Pero se morirán lejos de mí, porque de cerca no logro ligarme a ninguna, de no ser forzada o por dinero.

CANTAMAÑANAS.- Es que te tienen tanto respeto y admiración que no se atreven a acercarse a ti. Pero esta misma mañana me ha dicho una chavala preciosa que eres más valiente que Rómulo, más generoso que Aquiles y más bello que Apolo.

PINCHAPECES.- (Quitándose el casco y mesándose el cabello.) ¡Ah! ¡Más bello que Apolo! Pues habérmela traído, hombre. Si estoy rabioso por coger a una chavala joven y bonita.

CANTAMAÑANAS.- (**Aparte.**) Se la traigo y se muere del susto. ¡Si éste tío es más feo que un muerto!

(**Entra RAJANALGAS vestido de toga blanca, seguido de GALO, los ESCLAVOS y ÁTICA, que parece una autómata, ausente de todo cuanto acontece a su alrededor.**)

RAJANALGAS.- ¡Pinchapeces! ¡Amigo mío! ¡Qué alegría me da verte!

PINCHAPECES.- ¡Hola, Rajanalgas! ¡Aquí vengo a visitarte! ¡Y cargado de regalos!

(**Hace un gesto a REBANACUELLOS y los SOLDADOS entregan los bultos a los ESCLAVOS, que los llevan dentro. PINCHAPECES y RAJANALGAS se abrazan, fuera del jardín.**)

RAJANALGAS.- ¡No sabes cuánto te lo agradezco! Pero tú sabes que lo que yo quiero es que me consigas un cargo de recaudador de impuestos de esta zona.

PINCHAPECES.- ¡Y no dudes que te lo conseguiré! ¿Le ha gustado a Julia el regalo que le hice esta mañana?

RAJANALGAS.- ¿El regalo? ¡Ah! ¡Sí, el regalo! ¡Un esclavo de lujo! ¡Sí, sí, mucho! Pero... pero como estaba en estado salvaje lo tengo en cuarentena.

PINCHAPECES.- ¡Un soberbio ejemplar de la raza hispana! Lo capturé ayer cerca de Cádiz. Era el jefe de un comando guerrillero que hostigaba a nuestras tropas desde hace tiempo.

(**Siguen hablando aparte. CANTAMAÑANAS, que desde que entró ÁTICA no le ha quitado el ojo de encima, se acerca a ella y la contempla maravillado.**)

CANTAMAÑANAS.- ¡Olé lo fino, lo elegante, lo salado, lo bonito, lo hermoso y el cuerpo retrechero de las mujeres hermosas! ¿Cómo te llamas, monumento de mujer?

(**ÁTICA sale de su ensimismamiento y queda confusa, sorprendida, halagada y sofocada. Se da aire en la cara.**)

ÁTICA.- Me llaman Ática, porque soy griega.

CANTAMAÑANAS.- ¡Claro! ¿En qué otro país iban a saber esculpir ese cuerpo soberano? Yo me llamo Milbio, pero por ese nombre no me conoce ni mi padre. Todo el mundo me llama Cantamañanas. Pero tú puedes llamarme como quieras, porque de cualquier forma que me llames vengo a ti como un rayo.

(**Siguen hablando aparte. Entra JULIA.**)

JULIA.- ¡Uy! ¡Si está aquí Pinchapeces! He oído los cánticos, pero eso es nuevo. ¿Dónde has encontrado esa ganga de orfeón? ¡No me digas que has organizado un concurso, porque tú eres capaz de todo para realzar ese cuerpo tan serrano que los dioses te han dado! ¡Vamos, que ese uniforme y ese casco nuevo de centurión te sienta de bien y resulta tan erótico que no me extraña que las mujeres se pirren por tus huesos! Y es que tienes unos ojitos más pillines...

RAJANALGAS.- (**Aparte, a JULIA**) Julia, que te estás pasando. Que esto ya huele a cachondeo.

JULIA.- (**Aparte.**) Hombre, lo hago para que después no me digas que no te da el cargo por culpa mía. (**A PINCHAPECES.**) ¡Ay, Pinchapeces! Perdona que no haya salido antes a recibirte, pero es que estaba vistiendo a mi hija.

PINCHAPECES.- ¿Tu hija? ¡Anda, si yo no te he visto preñada! ¿Cuándo has parido?

JULIA.- ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracia tiene éste hombre! No, hombre, no. Es que hemos adoptado a una niña. Mira, ahí sale.

(En efecto, entra LIBIA. Ha cambiado de vestido y de peinado y está radiante. PINCHAPECES la ve y se queda asombrado.)

PINCHAPECES.- ¡Por todos los dioses! ¡Qué belleza de criatura! Rajanalgas, ¿tú me tienes en alta estima?

RAJANALGAS.- ¿Cómo si te tengo en alta estima? ¡Yo por ti hago todo lo que sea!

PINCHAPECES.- Entonces, desde hoy quiero reforzar nuestra amistad con lazos más estrechos. ¡Quiero que seas mi suegro!

RAJANALGAS.- ¿Tu qué?

PINCHAPECES.- Sí, mi suegro, porque quiero casarme con tu hija; mañana mismo.

JULIA.- ¿Quéééé?

LIBIA.- ¡Oh, dioses, socorredme!

(Corre hacia el templo. JULIA y ÁTICA la siguen.)

JULIA.- ¡Libia, hija mía, espera!

(Desaparecen en el templo.)

PINCHAPECES.- ¿Dónde irán tan corriendo?

CANTAMAÑANAS.- Irán a dar gracias a la diosa.

PINCHAPECES.- ¿Lo ves? Yo no sé qué las doy, pero es que las derrito con solo mirarlas.

CANTAMAÑANAS.- ¡Es que con esa caída de ojos que tienes, cualquiera!

PINCHAPECES.- Ve al templo y vigila, no sea que alguien se meta con ella.

(CANTAMAÑANAS va hacia el templo, pero ve entrar a SERBIO.)

CANTAMAÑANAS.- ¡Capitán! ¡Mi capitán!

(Se abrazan.)

SERBIO.- ¡Cantamañanas! ¿Qué haces tú por aquí?

CANTAMAÑANAS.- ¡Eso mismo digo yo! Ven al templo. Los soldados pueden verte.

SERBIO.- No hay miedo. Soy libre.

(Entran por el templo JULIA, LIBIA, ÁTICA y la SACERDOTISA. LIBIA corre a refugiarse en SERBIO. Entran los PESCADORES y sus MUJERES.)

LIBIA.- ¡Ay, Serbio, qué desgracia! ¡Quieren casarme con ese militar!

SERBIO.- (A JULIA.) ¿Para eso la querías adoptar?

JULIA.- ¡Yo no voy a consentir semejante disparate!

LIBIA.- ¡No puedo volver a esa casa! ¡Huyamos, Serbio!

JULIA.- ¡Tú no te vas a casar con ese idiota, o no sería yo Julia, «la Bienpeiná»!

CANTAMAÑANAS.- Lo mejor es burlarle. Yo me las apañaré.

(SERBIO, furioso, va decidido hacia PINCHAPECES y le
reta.)

SERBIO.- ¡Ven a luchar conmigo, gallina desnutrida!

(PINCHAPECES, de un salto se mete en el jardín y se
oculta tras RAJANALGAS.)

PINCHAPECES.- ¡Ay! ¿Qué me ha llamado?

RAJANALGAS.- Gallina desnutrida.

PINCHAPECES.- ¡Ay, lo que me ha llamado! (A
REBANACUELLOS.) ¡Rebánale!

REBANACUELLOS.- Si ya te dije que era peligroso.
¡Ahora te lo rebano!

(A una indicación de REBANACUELLOS, los SOLDADOS
cercan a SERBIO. La única salida que tiene es el templo.)

LIBIA.- ¡Huye, Serbio! ¡Te matarán!

SACERDOTISA.- ¡Ven al templo, muchacho! ¡Ven!

(SERBIO se ve acorralado y desarmado y se refugia tras la
SACERDOTISA. REBANACUELLOS va decidido tras él,
pero le para en seco la SACERDOTISA con un agudo do
de pecho.)

SACERDOTISA.- ¡Alto, soldado! ¡¡¡Atráááá!!!

¡El templo, lugar sagrado,
no puede ser profanado
por la fuerza militar!

**(Pausa. Los SOLDADOS se miran confusos.
REBANACUELLOS mira a PINCHAPECES, dubitativo.)**

REBANACUELLOS.- ¿Qué hago con ella, jefe? ¿La rebano?

PINCHAPECES.- ¡No! ¡Menudo poder tienen éstas brujas! Además, es ciudadana romana **(A la SACERDOTISA.)** ¡Ah, vieja arpía, traidora! ¡Te costará caro dar asilo a un esclavo fugitivo! ¡Mañana erigiré aquí un altar al dios Marte y el poder de tu diosa caerá! **(A RAJANALGAS.)** Tu promesa queda en pie. Mañana, ante la imagen de Marte, me casaré con tu hija. **(A los SOLDADOS.)** ¡Vámonos!

(Se va rápidamente y tras el se van REBANACUELLOS y los SOLDADOS. CANTAMAÑANAS queda rezagado y habla con SERBIO.)

SERBIO.- ¡He de impedir esa boda! ¡Necesito tu ayuda!

CANTAMAÑANAS.- ¡Cuenta conmigo, capitán! Más tarde te veré.

(Se va corriendo. RAJANALGAS entra en la casa. SERBIO habla aparte con LIBIA.)

JULIA.- (A todos.) ¡Amigos! ¡Necesito la ayuda de todos para impedir esa boda!

SACERDOTISA.- ¡Esto es un problema amoroso! ¡Venus, la diosa del amor, nos ayudará! ¡Hagamos un sacrificio!

(Los PESCADORES se acercan a SERBIO y las MUJERES rodean a LIBIA.)

SERBIO.- Necesito vuestra ayuda para impedir esa boda.

PESCADORES.- ¡Puedes contar con nosotros!

MUJERES.- ¡Entre todos lo impediremos!

JULIA.- (A los ESCLAVOS.) ¡Traed el cordero más cebado y vino del mejor!

(Los ESCLAVOS salen rápidamente.)

SACERDOTISA.- ¡Tened fe en que la diosa nos ayudará!

(Ahora aparece el altar y Venus en su pedestal. La SACERDOTISA, ayudada por JULIA, hace los preparativos. SERBIO y LIBIA están abrazados. Vuelven los ESCLAVOS con un cordero y ánforas de vino. Uno de ellos se oculta tras la barca con el cordero esgrimando un cuchillo. En ambos lados del altar han encendido dos incensarios y depositan en ellos orobias. Dos finas columnas de humo de distintos colores salen de dos candelabros de cristal. El otro ESCLAVO va tras la barca y saca las entrañas del cordero, es decir, asaduras, hígado y corazón, todo en una pieza, y se lo da a GALO, quien lo deposita en una patena y se lo entrega a la SACERDOTISA. Ésta, con una especie de bastoncillo la escudriña para interpretar los auspicios. Entra CANTAMAÑANAS y va hacia ÁTICA. Quedan hablando aparte junto a SERBIO y a LIBIA. Mientras todo esto se prepara, los PESCADORES beben vino, cantan y bailan.)

CORO.- Bebamos buen vino,
 bailemos contentos;
 En este momento
 empezamos un plan
 Al ruin militar
 que a Libia desea,
 ¡menuda odisea

le vamos a dar!

¡Un hurra por Serbio!

Un mozo valiente
que muy diligente
su afán logrará.

¡Un hurra por Libia!

Muchacha bonita,
tu linda boquita
de Serbio será.

Y Cantamañanas
junto con Ática,
boda simpática
tendremos mañana.

Ladrón Pinchapeces,
romano opresor,
en cosas de amor
no puedes triunfar.

En el patrimonio
de los pescadores
son nuestros amores
el gran capital.

Y si los romanos
nos tienen vencidos
y bien sometidos
a su autoridad,

Nosotros, los pobres,
a nadie odiamos,
sólo deseamos

tener libertad,
tener alegría,
trabajo y amores,
pues los pescadores
quieren libertad.

SACERDOTISA.- Acepta esta oblación,
¡Oh, Venus reverenda!
Pues en nuestra ofrenda
ponemos el corazón.

La sangre de este animal
redima nuestras ofensas.
Por tu divina clemencia,
líbranos de todo mal.

(Se vuelve, muy alegre.)

¡Alejad vuestros temores!
¡Nuestra diosa del amor
está a nuestro favor:
Bendice vuestros amores!

(Se vuelve de nuevo hacia la diosa.)

¡Gloria, diosa de bondad,
patrona de pescadores!
¡Bendice estos amores
por toda la eternidad!

TODOS.- ¡Gloria! ¡¡Gloria!! ¡¡¡Gloria!!!

**(Muy contentos todos, se abrazan: JULIA y la
SACERDOTISA; GALO y un ESCLAVO; ÁTICA y
CANTAMAÑANAS; SERBIO y LIBIA; los PESCADORES
y sus MUJERES.)**

INTERMEDIO

Primeras horas de la tarde del día siguiente. Los PESCADORES reparan la barca y las MUJERES cosen las redes. Es una tarde apacible y todo el ambiente es de paz, de relax. A todo ello contribuye la melodía de la siguiente canción.

EMPIEZA LA ACCIÓN

MUJERES.- Salud, trabajo y amor,
Tres cosas maravillosas.
Pero es muy peligrosa
la vida del pescador.

PESCADORES.- Calentada por el sol
La mar se mece serena.
Es muy grata la faena.
Me gusta ser pescador.
De noche, ya con la fresca,
a la mar nos echaremos
y las redes llenaremos
de abundante pesca buena.

MUJERES.- Toda la noche esperando
que llegue el amanecer,
en verlos aparecer
por la mañana en el puerto.

PESCADORES.- En el cielo las estrellas
contemplan nuestro trabajo,

y nosotros desde abajo
las observamos a ellas.

 Campesino y pescador
siempre miramos el cielo:
aquel, con mucho recelo;
Nosotros con gran temor.

MUJERES.-

 Lucha, trabajo, valor.
¡Qué hombres tan admirables!
Pero es muy miserable
la vida del pescador.

PECADORES.-

 Toda la noche esperando
hallar un banco de peces.
Si hay suerte, a veces,
se llena la embarcación.

 Y entonces con ilusión
nos dirigimos a tierra
pues allí espera ella
a darme su corazón

MUJERES.-

 Pero eso, pocas noches
se logra con plenitud.
Es muy grande la inquietud
se hace larga la espera.

PESCADORES.-

 Estrellas y pescadores
hacemos muy buenas ligas.
Ellas son nuestras amigas:
nos alejan los temores.

 Si de pronto no las vemos

cuando vamos trabajando,
borrasca se está formando,
tormenta cerca tenemos.

MUJERES.- Pero a pesar del temor,
A cosas desagradables,
Es la vida muy amable.
¡Es grande ser pescador!

SEGUNDA PARTE

Instantes después de la escena del intermedio. Sólo se oye el gorjeo de los pajarillos y el leve rumor de las olas al morir en la playa. RAJANALGAS está tumbado en el triclinio. JULIA está terminando la confección de una cajita de mimbre. Pausa larga.

EMPIEZA LA ACCIÓN.

RAJANALGAS.- (Sin moverse.) ¿Qué haces, Julia?

JULIA.- Estoy haciendo una cajita para Libia. En el naufragio perdió la suya con sus juguetes de niña. Quiero que lleve en la boda la misma cajita y los mismos juguetes que hice para nuestra hija.

RAJANALGAS.- ¿No es demasiado grande ya para juguetes tan infantiles?

JULIA.- Estos juguetes no son para jugar; son para consagrarlos a los dioses el día de la boda, indicando con ello que deja de ser niña para convertirse en mujer. Pero no quiero que Libia la vea hasta el momento de la boda. Quiero darle una sorpresa. La emoción será doble.

RAJANALGAS.- ¿Te falta mucho?

JULIA.- No. ¿Por qué?

RAJANALGAS.- Porque tengo una cansera de verte trabajar que ya me duelen los riñones.

JULIA.- Por eso me estoy dando prisa. De todas formas aún falta mucho para que llegue Pinchapeces.

RAJANALGAS.- Falta menos de dos horas. ¿No te parece raro que Libia no se haya vuelto a oponer a la boda?

JULIA.- No, a mí no me parece raro.

RAJANALGAS.- Tú también te oponías ayer.

JULIA.- Sí, es verdad. Es que me cogió por sorpresa.

RAJANALGAS.- Ese esclavo, al que dimos la libertad, no ha vuelto a aparecer por aquí. ¿No te parece raro?

JULIA.- No. Estaba deseando irse. Es normal.

RAJANALGAS.- Sí, es normal que Libia no haya vuelto a protestar; es normal que tú aceptes gustosa; es normal que ese esclavo no haya vuelto a aparecer; todo es normal, todo. Sin embargo, a mí me mosquea tanta normalidad.

JULIA.- Si te llevamos la contraria, malo; si no, también. Eres muy raro.

RAJANALGAS.- Es que estoy nervioso. Estoy deseando que acabe todo esto. A ti quizá te parezca precipitada esta boda, pero Pinchapeces no puede esperar, ni yo tampoco. Necesito ese cargo. **(Pausa.)** Di algo. Me pone nervioso tu silencio.

JULIA.- ¿Qué quieres que te diga?

RAJANALGAS.- No sé; lo que sea. Ya sé que a ti no te hace gracia Pinchapeces, pero es el mejor partido para Libia.

JULIA.- **(Lacónica.)** Ya, ya.

RAJANALGAS.- Será una boda importante. Y yo tendré mi cargo de recaudador.

JULIA.- De todas formas, antes de haber tomado una decisión tan importante tendrías que haberme consultado.

RAJANALGAS.- ¡Si no me dio tiempo!

JULIA.- Pues si ocurre alguna desgracia, tú serás el responsable.

RAJANALGAS.- ¿Qué desgracia va a ocurrir?

JULIA.- La fecha propicia para las bodas es el solsticio de verano. Se podía haber aplazado, pues no falta más que un mes.

RAJANALGAS.- Sí, eso me preocupó desde el principio. Por eso he ido esta mañana a Cádiz a consultar a un astrólogo. Sus augurios no pueden ser más satisfactorios.

JULIA.- Has ido sin decirme nada. ¿Y qué te ha dicho?

RAJANALGAS.- Me ha dicho que para Libia este será el día más feliz de su vida, que Pinchapeces se volverá loco y que yo tendré una gran fortuna en mis manos. ¿Te das cuenta? ¡Ah! También me dijo que será para ti el día más feliz de tu vida.

JULIA.- Astrólogos desaprensivos los hay por todos sitios. No creo en ellos.

RAJANALGAS.- Pues yo, sí. Éste que yo he visitado lo adivina todo.

JULIA.- Adivina lo que quieres oír, y te lo dice.

RAJANALGAS.- Eres muy desconfiada; pero ya verás como sale todo tal y como ha dicho. **(Se levanta.)** ¡Oye, es muy tarde! Tenemos que vestirnos. Quiero hacer un ensayo de la ceremonia para que todo salga bien, sin fallos.

JULIA.- Bien; ya he terminado la cajita. Vamos a vestirnos.

(Se van los dos. Entra ÁTICA y mira sigilosamente. Hace una seña y entra LIBIA, ya está vestida de novia. Salen del jardín y se dirigen al templo, pero entran SERBIO y CANTAMAÑANAS y quedan en el centro. En primer termino SERBIO y LIBIA. Más atrás, CANTAMAÑANAS y ÁTICA.)

SERBIO.- ¡Libia, amor mío!

LIBIA.- ¡Oh, Serbio! ¡No soporto estar tanto tiempo sin verte!

SERBIO.- Estás muy pálida. ¿Qué te pasa?

LIBIA.- No he podido dormir en toda la noche.

SERBIO.- Debes tranquilizarte. Esa boda no se va a celebrar. Piensa que te quiero y que pronto serás mi esposa.

LIBIA.- El poder de los romanos es inmenso. Si te pones contra ellos te matarán.

SERBIO.- Todo lo tenemos bien planeado.

LIBIA.- Todo ha sido tan precipitado que tengo miedo. No conoces mi vida anterior.

SERBIO.- Para mí naciste ayer de las espumas del mar, como Venus. Y quien nació ayer no tiene ningún pasado.

LIBIA.- Pero si algún día descubrieses...

SERBIO.- En cualquier caso, el pasado no existe, porque ya pasó.

LIBIA.- Sin embargo, nos tortura,
somos víctimas de él,
tenemos que padecer
depresión y desventura.
De angustia a mí me llena
si en el mar no pereció
el bribón que me compró;
eso me llena de pena.
El amo que yo tenía
era un romano malvado;
por no volver a su lado
juro que me mataría.

(Pausa. Está desesperada.)

Si le hubieses conocido,
si supieras lo que era,
en la cara me escupieras
y no vendrías conmigo.

¡Era un ser miserable,
un repugnante gusano!
Por estar yo en sus manos
me siento muy despreciable.

(Llora.)

Serbio: existe el pasado.
¡No me digas que pasó!
Presente lo tengo yo.
Siento haberte enamorado.

SERBIO.-

No podemos despreciar
a la bella mariposa,
de colores tan hermosa,
sólo por considerar
que en su pasado cercano
era solo crisálida,
fea, opaca, pálida,
procedente de un gusano.

No vuelvas más a pensar
en tu angustioso pasado;
pronto estaremos casados;
nuestro futuro es gozar.

Pero aquí, cerca del mar,
con los buenos pescadores,

y con sus mismos sudores
con ellos voy a trabajar.

He visto a esos hombres
en su constante tragedia
de vivir en la miseria
a tortazos con el hambre.

Luchar por su libertad
es ahora mi destino
buscando en el camino
su pisada dignidad.

Y tú, como sus mujeres,
al puerto cada mañana
vendrás con todas tus ganas
de brindarme tus quereres.

Y yo, bañado de sal,
como el marino más bravo,
te entregaré el pescado
como flores de un rosal.

(Se abrazan y unen sus mejillas. Dentro se oye gritar a RAJANALGAS. ÁTICA coge a LIBIA y entran en el jardín. CANTAMAÑANAS hace lo mismo con SERBIO y desaparecen por la izquierda sin dejar de mirarse los cuatro.)

RAJANALGAS.- (Dentro.) ¡Julia, vamos a ensayar la ceremonia de la boda! ¿Y Libia? ¿Dónde está Libia? ¡Ática!

ÁTICA.- ¡Estamos aquí en el jardín!

(**Entran RAJANALGAS, JULIA, GALO y los ESCLAVOS.**)

RAJANALGAS.- (A GALO.) ¿Te has enterado bien de cómo se hace la ceremonia?

GALO.- Sí. La Sacerdotisa me lo ha explicado con todo detalle.

RAJANALGAS.- Pues vamos a hacer un ensayo para que todo salga perfecto. ¡No tolero ni el más mínimo fallo!

GALO.- Como la ceremonia se va a celebrar ahí fuera, lo mejor es ensayar ahí. Tenemos que sacar un asiento para los novios y algo que represente el altar que va a traer Pinchapeces. Ese triclinio puesto en pie nos puede servir.

(**Todos salen al centro. Los ESCLAVOS sacan del jardín un banco y el triclinio.**)

GALO.- Lo primero que tenemos que hacer es tomar los auspicios para ver si los dioses no se oponen a la boda. En este caso, el dios Marte.

JULIA.- ¡Ahí está el primer fallo! ¿Qué pinta el dios de la guerra en un acto de amor?

ÁTICA.- Pues eso no está bien, porque es enfrentar a Marte con Venus. Eso es de mal agüero.

GALO.- ¡Ay! Pues como el dios Marte se irrite es capaz de lanzar rayos y truenos.

LIBIA.- ¡Ay, que miedo! ¡Eso sería peor que una tormenta!

(**Pequeño revuelo de miedo y temor.**)

RAJANALGAS.- ¡Silencio todo el mundo! Ningún dios se va a oponer a la boda. Los auspicios ya los he tomado yo. ¡Venga! ¿Qué viene ahora?

GALO.- Lo primero es el sacrificio del cordero.

RAJANALGAS.- ¡Qué dices tú de cordero! Pinchapeces ha matado más de cinco mil enemigos y tiene derecho a sacrificar a los dioses una vaca.

GALO.- Bueno, pues el sacrificio de la vaca. A continuación se firmarán las tablas nupciales con diez testigos. Luego, la matrona tomará las manos de los novios y las enlazará entre sí. Para el ensayo de la ceremonia necesitamos al novio y a la matrona.

RAJANALGAS.- Yo haré de novio. ¿Y la matrona? (A JULIA.) Tú te encargaste de buscarla. ¿Por qué no está aquí ya?

JULIA.- Esta misma mañana se ha puesto mala. Hasta dentro de tres días que se le pase la regla no puede presidir una ceremonia religiosa.

GALO.- ¡Ay! Pues sin matrona no se puede hacer la boda.

RAJANALGAS.- ¡Cállate! ¡Se busca otra, y en paz!

JULIA.- Tú te has creído que estamos en Roma. Para presidir una ceremonia de boda no vale una matrona cualquiera. Tiene que ser casada y de intachable moralidad. No valen las solteras, ni las viudas, ni las casadas de segunda, ni mucho menos las extranjeras, porque son bárbaras.

RAJANALGAS.- Arriba, en el pueblo, hay muchas mujeres romanas casadas. Lo sé.

JULIA.- Sí; eso de saber de mujeres es tu especialidad. Pero tú también sabes, porque a eso debes haber contribuido bastante, que la mayoría de esas mujeres viven casi todo el tiempo solas, porque sus maridos están en el ejército, y les ponen unas cornamentas así de grande. La única válida es la Sacerdotisa.

ÁTICA.- ¡Ésa es la mejor!

GALO.- ¡Y, además, es sacerdotisa!

RAJANALGAS.- ¡No! ¡Esa es una traidora! (Piensa. A JULIA.) ¿Y tú no puedes ser?

GALO.- ¡Claro, ama!

ÁTICA.- ¡Es verdad! Mejor matrona que tú no la vas a encontrar.

JULIA.- Pero yo de eso no sé nada.

RAJANALGAS.- ¡No se hable más! Tú serás la matrona. Galo te enseñará. ¡Vamos, que es tarde! ¿Qué viene ahora?

(GALO coloca a LIBIA y a RAJANALGAS, y a JULIA frente a ellos.)

GALO.- (A JULIA.) Tienes que preguntarles si se quieren por esposos. Si dicen que sí se tienen que jurar amor eterno.

JULIA.- (A LIBIA) ¿Quieres por esposo a éste idiota? ¡Uy! Se me ha escapado.

RAJANALGAS.- ¡Como se te escape eso en la boda, te mato!

JULIA.- ¿Quieres por esposo a este hombre?

LIBIA.- ¡No!

RAJANALGAS.- ¿Qué?

LIBIA.- ¿Cómo voy a quererte como esposo, si eres mi padre?

RAJANALGAS.- ¡Se entiende que ahora soy tu novio, idiota! ¿Quieres a tu novio?

LIBIA.- (Soñadora.) Sí; a mi novio sí lo quiero.

RAJANALGAS.- Eso está mejor. (A GALO.) ¡Sigue!

GALO.- Ahora os sentáis. En el banco hay que poner la piel de la vaca

(RAJANALGAS se sienta. LIBIA mira el banco con asco, como si ya estuviera la piel de la vaca allí.)

LIBIA.- ¡Ah, qué asco! ¡Con toda la sangre y toda la baba!

JULIA.- ¡No te sientes! ¡Se te pondrá el vestido hecho un asco! No, eso no se hará.

RAJANALGAS.- (**Furioso.**) ¡Pero qué importa el vestido si su marido se lo va a quitar enseguida! (**A GALO.**) ¿Qué viene ahora?

GALO.- Ahora yo llevaré la canastilla con las ofrendas y las flores, y todos vendréis detrás de mí dando vueltas alrededor del altar echando pétalos de las flores.

(**GALO simula llevar una canastilla y lentamente inicia el cortejo, que lo forman todos en fila detrás de GALO, menos JULIA, que se sienta.**)

GALO.- ¡Gloria, dios de los ejércitos! ¡Gloria!

JULIA.- Yo me mareo dando vueltas. Os espero aquí sentada.

RAJANALGAS.- (**Furioso.**) ¡¡¡Juliaaaa!!!

JULIA.- (**Levantándose de un salto, asustada.**) ¡Ay! ¡Bueno, pues si me caigo en la ceremonia después no digas que no te lo advertí!

RAJANALGAS.- (**Con gesto siniestro.**) Aquí no se cae nadie porque al que se caiga, ¡le timbo!

JULIA.- ¿Me qué? (**A LIBIA.**) ¿Qué dice?

LIBIA.- ¡Dice que te timba!

ÁTICA.- ¿Y eso, qué es?

LIBIA.- No sé; pero, por la cara que pone, debe ser algo malo.

GALO.- ¡Ahí va!

JULIA.- (**Fingiendo un gran susto.**) ¡Ay, qué miedo! ¡Dice que me timba!

RAJANALGAS.- ¡No, no! ¡Quiero decir que te tembo!

LIBIA.- (**Siguiendo el juego de JULIA.**) ¡Ahora dice que te temba! ¡Pues eso es mucho peor!

ÁTICA.- ¡Este hombre se ha vuelto loco!

GALO.- ¡Córcholis, amo, no nos asustes!

RAJANALGAS.- (Hecho un lío.) ¡No, no! ¡Te tambo!

JULIA.- (A LIBIA, frotándose las manos.) ¡Ya está loco perdido!

RAJANALGAS.- ¡Te tumbo, coño! ¡Te tumbo!

JULIA.- Pero, si estoy en el suelo desmayada, ¿cómo me vas a tumbar?

RAJANALGAS.- ¡Si es que me ponéis nervioso y me hago un lío! Quiero decir que te tumbo, pero del verbo tumbar; que te meto en la tumba. ¡Que te mato, vamos!

LIBIA.- (Llevándose las manos a la cabeza.) ¡Ay, qué burrada!

(RAJANALGAS hace un gesto como diciendo «para que veas de lo que soy capaz». LIBIA le mira de nuevo y con el mismo gesto, repite:)

¡Qué burrada! ¡Pero si tumba no es un verbo, sino un sustantivo!

RAJANALGAS.- (Mirándola de hito en hito.) Mira, niña, ven aquí. Mi mano es sustantivo, ¿verdad? Pero la acción de mi mano es verbo. ¡Pues cállate si no quieres probar la sustancia de mi mano! (La amaga. A GALO.) ¿Qué viene ahora?

GALO.- El banquete.

RAJANALGAS.- ¡Pues, hala, se acabó! ¡Todo el mundo a preparar el banquete!

GALO.- No, amo. ¡Lo más importante viene al final del banquete!

RAJANALGAS.- ¡Pues dilo de una vez! ¿Qué es lo que viene?

GALO.- ¡Lo más emocionante! ¡El rapto de la novia!

JULIA.- ¡Ah, eso sí que no! ¡Por ahí sí que no paso!

LIBIA.- ¡Ay, qué miedo!

JULIA.- (**Toda trágica.**) ¡Me raptaron una vez a mi hija y para que me rapten a ésta tendrán que pasar por encima de mi cadáver!

GALO.- No os asustéis. El rapto es simulado. El novio arranca a la novia de los brazos de la madre.

LIBIA.- ¡Socorro! ¡Esto no es una boda, es un rapto!

JULIA.- (**Igual que antes.**) ¡A mis brazos, hija! (**Se abrazan.**) ¡Ahora a ver quién es el guapo que me la quita!

RAJANALGAS.- ¡A mí estas mujeres me van a volver loco!

JULIA.- El que se volverá loco será Pinchapeces. Vamos, eso es lo que ha dicho el astrólogo.

RAJANALGAS.- Se volverá loco de alegría y no por vuestros líos.

JULIA.- Pero si se casa con ella a la fuerza, lo del rapto es una redundancia.

LIBIA.- (**Soñadora.**) A mí, si me rapta el que quiero, encantada.

GALO.- (**Aparte, a JULIA y a LIBIA.**) El rapto se hace para perpetuar el recuerdo del rapto de las sabinas que ordenó Rómulo. Sólo es cogerla en los brazos y...

JULIA.- (**Aparte a GALO.**) ¡Calla, idiota, eso ya lo sé! De lo que se trata es de incordiar.

GALO.- ¡Ah! ¡Claro, claro! Comprendo, ama.

JULIA.- (**Llorosa, a RAJANALGAS.**) Si tú fueras madre no consentirías que raptaran a tu hija.

RAJANALGAS.- ¡Pero si es de mentirijillas, so tonta!

JULIA.- (**Siguiendo el juego, trágica.**) ¡A mi hija no me la raptan ni en broma!

RAJANALGAS.- ¡Y dale! ¡Que es un rito!

JULIA.- ¡Ni rito, ni Rita! ¡He dicho que no y es que no! (**Abre los brazos a LIBIA. Ella sigue el juego.**) ¡¡¡Hija!!!

LIBIA.- ¡¡¡Madre!!!

(**Se abrazan las dos simulando llorar a moco tendido.**)

RAJANALGAS.- ¡Me vuelven loco! ¡Me van a volver loco!

JULIA.- La culpa es tuya. Tú dispusiste esta boda sin contar conmigo.

LIBIA.- ¡Toma! ¡Ni conmigo!

RAJANALGAS.- ¡Tú, te callas!

LIBIA.- ¡Gritaré!

RAJANALGAS.- ¡Que te arreo!

LIBIA.- Si me raptan, tendré que gritar, ¿no? Es lo normal.

RAJANALGAS.- ¡Ah! Bueno, eso es otra cosa. (**A GALO y a ÁTICA.**) Id disponiéndolo todo para el banquete.

(**De pronto, LIBIA empieza a gritar como una loca.**)

LIBIA.- ¡Ay! ¡¡Ay!! ¡¡¡Ay!!!

RAJANALGAS.- (**Desesperado.**) ¿Pero, qué te pasa ahora?

LIBIA.- (**Cándida e ingenua.**) Estoy ensayando. ¡Ay! ¡¡Ay!!
¡¡¡Ay!!!

RAJANALGAS.- Aquí vamos a terminar todos locos.

JULIA.- Menos Pinchapeces.

RAJANALGAS.- Pues él es el único que ha previsto el astrólogo.

JULIA.- ¿Pero, cómo se va a volver loco Pinchapeces, si ya está como una chota? Este hombre se cree todo lo que le dicen.

(Dentro se oyen los cánticos del cortejo de PINCHAPECES.)

RAJANALGAS.- ¡Ay! ¡Si ya están ahí! ¡Y nosotros sin haber preparado nada! ¡Todo el mundo dentro a preparar las cosas!

(Se van todos por la casa. Toda esta ceremonia, aunque hilarante, de chungo y desordenada, es en realidad los ritos verdaderos en las bodas romanas. Al final de la obra, cuando se casan de verdad, el rito será exactamente igual al del ensayo que dirige galo, pero en serio y con toda solemnidad. Por el lateral izquierdo entran PINCHAPECES y CANTAMAÑANAS, andando. Detrás de ellos, cantando, por decir algo, entran los cuatro SOLDADOS. Traen una capilla de madera con dos puertas que permanecen cerradas. Dentro, aunque ahora no se ve, hay una estatua de cartón piedra, a la que sólo le falta la cabeza, el brazo derecho y toda la parte posterior. En esa estatua se aloja SERBIO simulando ser el dios Marte.)

SOLDADOS.- Vencedor en mil batallas,
éste es el gran militar,
con su táctica genial
al enemigo avasalla.
Levanten todos su mano;
inclinen todos la frente,
pues éste gran combatiente
es el tigre lusitano.

PINCHAPECES.- Cantamañanas, no dejes de pasar el plumero por mi capa, para que ni una mota de polvo la desluzca.

CANTAMAÑANAS.- Sí, mi amo y señor.

PINCHAPECES.- Mírame bien y dime si tengo alguna arruga. ¿Me quito el casco? El casco me pesa mucho, pero me favorece, porque tengo unos pelos... ¿Cómo tengo la cara?

CANTAMAÑANAS.- De piedra.

PINCHAPECES.- ¿Qué?

CANTAMAÑANAS.- Quiero decir que la tienes bonita, como las estatuas de los dioses. Pareces un dios. Y eso, no creas que es muy bueno, porque a Libia le puede dar un soponcio al verte tan guapo.

PINCHAPECES.- Pero el gozo de ser mi esposa podrá más. ¡Me considero el hombre más afortunado del mundo por tener una esposa tan joven y tan bonita! Sin embargo, estoy preocupado. Repíteme los augurios del astrólogo.

CANTAMAÑANAS.- Dice que para Libia este será el día más feliz de su vida y que tú te volverás loco.

PINCHAPECES.- Y tiene toda la razón, porque estoy loco de alegría. ¿Y qué más?

CANTAMAÑANAS.- Que Rajanalgas tendrá hoy una gran fortuna en sus manos.

PINCHAPECES.- La fortuna de tenerme por suegro será, porque el cargo no se lo he conseguido. ¿Y de ti no ha dicho nada? Pues tú también tendrás un gran regalo.

CANTAMAÑANAS.- El regalo que yo quiero es que compres a Ática y nos des la libertad a los dos.

PINCHAPECES.- Acepto. Pero con una condición: aunque te de la manumisión seguirás a mi servicio. ¿Vale?

CANTAMAÑANAS.- ¡Vale, jefe!

PINCHAPECES.- Anda, mírame otra vez, por si tengo alguna mancha. (A REBANACUELLOS.) Que dejen el altar de Marte ahí en el centro. Que la vea bien la Sacerdotisa y se chinche.

(Los SOLDADOS dejan la capilla colocada. Entran todos los de la casa. JULIA, LIBIA y RAJANALGAS, salen al centro; el resto quedan en el jardín poniendo guirnaldas y macetas.)

RAJANALGAS.- (Saludando brazo en alto.) ¡Bienvenido el más egregio soldado!

JULIA.- ¡Ay, Pinchapeces, qué capa tan bonita!

PINCHAPECES.- Puestengo otra azul celeste que me sienta de maravillas, pero me he puesto esta roja porque me parece más adecuada para el momento. Claro que yo, con cualquier trapillo que me ponga, estoy tan mono.

CANTAMAÑANAS.- ¡Y por si fuera poco, tiene una caída de ojos!...

PINCHAPECES.- (Tontito por tantos halagos.) ¡Ah, sí, sí! ¡Eso es algo nato en mí! Nací ya con ellos puestos.

RAJANALGAS.- ¿Me vas a investir de mi cargo?

PINCHAPECES.- Hoy, no. He estado tan atareado arreglándome que no he podido. Pero lo tienes seguro.

REBANACUELLOS.- (Mordiéndose los puños.) ¡Y decía el astrólogo que iba a tener hoy una fortuna en mis manos!

PINCHAPECES.- Empecemos la ceremonia. Abrid la capilla.

(Abren y vemos la estatua con la cara de SERBIO maquillada del mismo color de la piedra, por lo que no se percibe bien. Por el foro, por el lateral, por el templo,

**están los PESCADORES observando la escena, pero
procurando no ser vistos por los SOLDADOS, esperando
acontecimientos.)**

JULIA.- Yo soy la matrona. Tengo que tomar los auspicios del dios Marte. **(Muy ceremoniosa se coloca delante de la capilla con los brazos en alto.)**. ¡Oh, poderoso dios de los ejércitos! Ante ti reunidos, te invocamos. ¿Es conveniente esta unión que vamos a celebrar?

MARTE-SERBIO.- **(Con voz difundida por megafonía.)**
¡¡¡Nooooo!!!

(Sorpresa, terror, espanto, conmoción en todos.)

PINCHAPECES.- ¿Qué has dicho, poderoso Marte?

MARTE-SERBIO.- **(Recitado.)**

¡Oh, centurión mercenario,
que me has traído hasta aquí
para hacerme presidir
un rito en mí extraño.

Yo soy el dios de la guerra
que al soldado da valor,
pero no se nada de amor
y los amantes me asquean.

¿No es de Venus esta misión?
¿No la tienes ahí al lado?
¡Pues por qué me has trasladado
hasta aquí, so cabezón!

Me has querido enemistar
con una diosa tan bella,

cosa que ni yo ni ella
te vamos a perdonar.

(De pronto toda la capilla se transforma en una traca impresionante. El pánico cunde en todos. REBANACUELLOS y los SOLDADOS rodean a PINCHAPECES y le protegen de los petardos. Esta acción es para que a PINCHAPECES, disimuladamente, le volteen la capa, quemada por su interior, y se ponga algunos parches sobre el peto del uniforme simulando quemaduras. Termina la traca.)

PINCHAPECES.- ¡Mi capa! ¡Mi uniforme! ¡Todo chamuscado! ¡Qué desgracia!

REBANACUELLOS.- ¡Vámonos, jefe! ¡A mí, estas cosas sobrenaturales, me dan mucho miedo!

(PINCHAPECES, temblando de miedo, inicia el mutis con REBANACUELLOS y los SOLDADOS.)

PINCHAPECES.- ¡Sí, sí, vámonos!

(RAJANALGAS observa la estatua y se percata de lo que hay.)

RAJANALGAS.- ¿Dónde vais? ¡Venid aquí! ¡Es un truco! ¡Ese no es Marte, sino el esclavo que nos mandaste ayer!

REBANACUELLOS.- ¿Eh? ¡Si ya dije yo que era un bicho malo! ¡Ahora ya no se escapa!

(Desenvaina su espadín y ordena a los SOLDADOS con un ademán que rodeen la capilla, pero SERBIO, que ha visto ya el peligro, se baja y echa a correr hacia el foro

izquierda. Mutis. Los SOLDADOS van a capturarlo. Pero en ese momento varios PESCADORES, como distraídos, levantan las redes y todos tropiezan en ellas. Hay un barullo. Cuando se levantan y se liberan de las redes:)

CANTAMAÑANAS.- Se ha ido por allí. Yo os guiaré, pues conozco este terreno mejor que vosotros. Vamos por él.

(Se van los SOLDADOS, REBANACUELLOS y CANTAMAÑANAS, pero por el foro derecha, es decir, por el sitio contrario por el que escapó SERBIO.)

PINCHAPECES.- (A LOS SOLDADOS.) ¡No le matéis! ¡Lo quiero vivo! ¡Lo quiero vivo! Le voy a rebanar lentamente a trocitos así de pequeñitos. ¡Canalla! ¡Hacerme esto a mí! **(Haciendo pucheros, a RAJANALGAS.)** ¡Mira como me ha puesto la capa y el uniforme! ¡Con la ilusión que yo tenía!

JULIA.- Entra dentro de casa y quítatelo. Luego mandas a un soldado a que te traiga un uniforme nuevo.

RAJANALGAS.- ¡Qué putada! ¡Qué putada!

(Se van por la casa todos. La escena queda vacía. Pausa. Por donde se fueron los SOLDADOS entra a trompicones PIESPLANOS abrazado a una maleta pequeña, como una caja de herramientas de aluminio.)

PIESPLANOS.- ¡Qué barbaridad! ¡Todo el mundo corriendo como locos! Menos mal que nadie ha reparado en mí, pues capaces hubiesen sido de robarme mi maleta. **(Acaricia su maleta y la besa, como si se tratara de una mujer.)** ¡Mi maleta! ¡Mi tesoro! Por fin he podido rescatarte del mar adonde te arrastró el temporal. Menos mal que el sitio no era muy profundo. ¡Mi fortuna! ¡Mi tesoro! Tendré que ocultarme de día y caminar por la noche, pues podría tropezarme con ladrones que me robarían mi tesoro.

(Entra PINCHAPECES. Le han quitado el uniforme y le han puesto un sayal con el que está ridículo.)

PINCHAPECES.- ¡Canalla! ¡Has querido robarme mi tesoro! ¡Te voy a hacer rebanadas desde la cabeza a los pies!

PIESPLANOS.- (Aterrado.) ¡Esa voz me es conocida! ¡Y esa cara, también! ¿No será ése a quien le robé la maleta? Tengo que ocultarme. Si viene hacia aquí, me verá. ¿Pero dónde me escondo? ¡Me esconderé tras esa estatua de Marte sin cabeza!

(Lo hace así, tal como lo hiciera SERBIO. Pero se ha precipitado tanto que se le ha olvidado la maleta en el suelo. La mira, quiere bajarse, pero en ese momento sale del jardín PINCHAPECES y se acerca a la capilla. PIESPLANOS se queda quieto, sin pestañear.)

PINCHAPECES.- ¡Ah, poderoso Marte! ¡Cómo se ha querido burlar de ti y de mí! ¡Sinvergüenza! ¡Hacerse pasar por el dios Marte!

(PIESPLANOS tiembla sintiéndose descubierto, pero permanece quieto.)

¡Pero la ofensa será lavada con la sangre del sacrílego!

(Mira a la estatua, ve a PIESPLANOS y queda estupefacto. Da un traspié y llega a primer término, dando la espalda a la capilla. PIESPLANOS, al verle de espaldas baja y coge la maleta y queda oculto tras la capilla.)

PINCHAPECES.- ¡Por Júpiter, está ahí! ¡Es el dios Marte con su otra cara, la cara de la derrota! ¡He de rogarle piedad y misericordia antes de que descargue su ira contra mí! **(Se da la vuelta y va hacia la estatua.)** ¡Oh, poderoso Marte, dios de los

ejércitos! **(Mira a la estatua y la ve sin cabeza.)** ¡Atiza! ¡Ahora no tiene cabeza! **(Vuelve a primer término, de espaldas, como antes.)** ¡Ay, que el que no tiene cabeza soy yo! ¡Si estoy loco! ¡Si ya lo dijo el astrólogo!

(PIESPLANOS, con su maleta a buen recaudo, vuelve a ponerse en la estatua.)

PIESPLANOS.- Tengo que huir, antes de que me descubra. Si me muevo, me verá. Ahí vuelve. ¡Ay, madre mía!

(En efecto, PINCHAPECES vuelve de nuevo, mira a la estatua y al verla con cabeza se pone a temblar de miedo. PIESPLANOS tiembla también.)

PINCHAPECES.- (Aparte.) ¡Uy, qué miedo me da todo esto! Esa cara me es conocida. Es de un enemigo. Tengo que salir corriendo de aquí, porque esto me huele a encerrona, y estoy solo. Tengo que huir. Iré hasta allí para tomar impulso y echaré a correr.

(Se va de puntillas hasta el primer término derecha, PIESPLANOS lo ve.)

PIESPLANOS.- Se va. Ahora es la ocasión para salir corriendo.

(Se baja de la capilla y echa a correr hacia el primer término izquierda, pero ya lo ha hecho PINCHAPECES también, de forma que, que aunque van en la misma dirección, chocan y caen al suelo.)

PINCHAPECES.- ¡Socorro! ¡Me quieren matar!

PIESPLANOS.- ¡Socorro! ¡Me quieren robar!

(Silencio. Los dos están de espaldas. PINCHAPECES protege su cabeza y PIESPLANOS, su maleta. Silencio. Como ninguno oye nada, lentamente vuelven la cabeza y se ven. Rápidamente se vuelven de espaldas de nuevo. Pero ahora hay en los dos un gesto de sorpresa. Vuelven a mirarse lentamente y después de una pausa dan un salto y se ponen de pie.)

PINCHAPECES.- ¡Piesplanos!

PIESPLANOS.- ¡Pinchapeces!

PINCHAPECES.- ¡Piesplanos, amigo mío!

PIESPLANOS.- ¡Pinchapeces, muchacho! ¡Qué sorpresa verte por aquí!

PINCHAPECES.- ¡La sorpresa es mía!

PIESPLANOS.- Si ya decía yo que tu voz y tu cara me eran conocidas.

PINCHAPECES.- Eso me ha pasado a mí. ¡Pero cómo iba a imaginarme que eras tú! ¿Sigues con tus mismos negocios? Porque este sitio es el menos adecuado.

PIESPLANOS.- Sí; sigo con mis negocios, pero ya estoy cansado y me voy a retirar. Oye, ¿qué habrá sido de nuestro amigo Rajanalgas?

PINCHAPECES.- ¡No te lo vas a creer! ¡Vive ahí!

RAJANALGAS.- (Saliendo al jardín.) ¿Qué han sido esos gritos? ¡Pinchapeces!

PINCHAPECES.- ¡Estoy aquí! ¡Ven! (A PIESPLANOS.) Disimula, ya verás la sorpresa que se lleva.

PIESPLANOS.- (Con la cabeza oculta.) Rajanalgas. ¡Cuchicuchi!

RAJANALGAS.- ¿Quién es?

PIESPLANOS.- (Descubriéndose.) ¡Eh!

RAJANALGAS.- ¡Piesplanos! ¡Qué alegría!

(Se abrazan los tres dando saltos de alegría.)

PIESPLANOS.- ¡Qué sorpresa de veros por aquí! ¡Qué alegría!

RAJANALGAS.- ¡Qué bien te conservas! ¿Sigues con tus mismos negocios?

PIESPLANOS.- Sí; pero lo voy a dejar ya.

PINCHAPECES.- ¡Nunca me he podido explicar tu habilidad para tener chicas tan guapas!

RAJANALGAS.- ¡Ni yo la de acumular tanto dinero!

PIESPLANOS.- (Fatuoso.) Valor, audacia, desprecio del riesgo. He ahí la clave.

PINCHAPECES.- Si te hubieses dedicado a las armas hoy serías, por lo menos, general.

PIESPLANOS.- ¿Yo? ¿Soldado? ¿Para dar la jeta y que te la partan? ¡Quita, hombre! ¡Eso se queda para los que no sirven para otra cosa! Ahora, eso sí; los soldados y yo casi siempre vamos juntos. Ellos se lo pasan en grande en mis casas y yo les saco el dinero y las informaciones privilegiadas. Cuando van a dar una batida, yo me estudio la zona. Si veo que allí puede haber un buen botín, me voy detrás, y mientras ellos luchan, yo ¡ñan, ñan, ñan! (Arañando a diestro y siniestro.) Esta maleta, sin ir más lejos, la conseguí el otro día en una escalada que hizo una centuria a cuyo frente iba un centurión que, según dicen sus propios soldados, es el tío más tonto que ha parido madre.

(Ríe a carcajadas. PINCHAPECES le agarra por la pechera.)

PINCHAPECES.- ¡Ay, qué hijo de puta!

PIESPLANOS.- ¡Hombre, Pinchapeces, yo no creí que eso te ofendería!

PINCHAPECES.- ¡Yo soy ese centurión que dices! ¡Y a los parásitos como tú que se dedican al saqueo, se les crucifica en el acto!

PIESPLANOS.- ¡Perdona, Pinchapeces! Yo no sabía que eres militar, y con esa pinta que tienes... ¡Pero para que veáis que yo siendo vuestro amigo, tengo un maravilloso regalo para los dos! Para ti, Pinchapeces, tengo una corona de laurel; pero son esmeraldas montadas en una corona de oro. Debíó pertenecer a un emperador tartesio. Y para ti, Rajanalgas, tengo una bandeja de frutas, pero son piedras preciosas talladas. Con esa bandeja tendrás una fortuna en tus manos.

RAJANALGAS.- ¡La fortuna! ¡Lo que dijo el astrólogo! ¡Venga, dámela!

PINCHAPECES.- Y a mí. Hoy me caso, y nunca mejor ocasión para lucirla.

PIESPLANOS.- Comprenderéis que una fortuna así no la voy a llevar encima. La tengo depositada en un banco de Cádiz. ¡Mañana mismo os lo doy!

PINCHAPECES.- Eso y nuestra vieja amistad te libra de la crucifixión.

RAJANALGAS.- ¿Se puede saber qué haces tú por estos andurriales?

PINCHAPECES.- ¡Lo mismo quiere montar aquí un burdel!

PIESPLANOS.- No, no. Os lo explicaré. Hace unas semanas llegué a Cádiz para montar uno de mis negocios. Ya está funcionando. Mas quise ir a Málaga, que es una gran ciudad, para montar allí otro burdel. Me embarqué de madrugada para llegar temprano, pero con tan mala fortuna que se levantó un temporal y naufragó mi barco. Llevaba a bordo esa maleta y la esclava más bonita que jamás he tenido. Hoy he vuelto y, buceando, pude lograr rescatar mi maleta.

PINCHAPECES.- ¿Y la esclava?

PIESPLANOS.- Debíó morir ahogada.

(RAJANALGAS se tambalea, se desmaya. PINCHAPECES le coge por las axilas y PIESPLANOS le da aire con su túnica.)

PINCHAPECES.- ¿Qué le pasa a éste?

PIESPLANOS.- Se ha desmayado.

RAJANALGAS.- (Reponiéndose.) Ya se me ha pasado.

(Entran LIBIA, JULIA, ÁTICA, GALO y los ESCLAVOS. PIESPLANOS, al ver a LIBIA da un grito de alegría.)

PIESPLANOS.- ¡Niña mía!

LIBIA.- ¡Oh, miserable rufián!

(Sale corriendo y entra en el templo. La siguen JULIA y ÁTICA.)

JULIA.- ¡Libia, hija mía! ¿Que te ha pasado?

PINCHAPECES.- (Muy mosqueado.) ¿Tú..., conoces..., a esa chica?

PIESPLANOS.- ¡Claro! ¡Es la esclava que perdí en el naufragio! ¡Qué suerte!

(Ahora es a PINCHAPECES a quien le da el mareo. Cae en brazos de RAJANALGAS y PIESPLANOS le da aire. Entran SERBIO, CANTAMAÑANAS, los PESCADORES y las MUJERES.)

SERBIO.- ¡Bravo, muchacho! Has hecho un buen servicio despistándoles.

(Entra ÁTICA y se dirige a SERBIO.)

ÁTICA.- Algo malo le ha ocurrido a Libia. Se ha refugiado en el templo.

SERBIO.- ¡Algo le han hecho esos miserables! ¡Los voy a matar!

(Avanza muy decidido y coge a PINCHAPECES por el cuello. Entra LIBIA, JULIA y la SACERDOTISA.)

LIBIA.- ¡No Serbio! ¡No te pierdas!

(SERBIO, al oír a LIBIA suelta a PINCHAPECES, que cae en brazos de RAJANALGAS y PIESPLANOS le da aire.)

SERBIO.- ¡Libia! ¿Qué está ocurriendo aquí?

LIBIA.- Ya intuía yo que algo malo me iba a suceder. Yo soy la culpable de todo por no haberos dicho la verdad. Creí que ese miserable había muerto en el naufragio.

PINCHAPECES.- (Recuperado.) ¡Estafadores! ¡Me querían casar con esa prostituta!

(Estupor general. SERBIO intenta agredir a PINCHAPECES, pero LIBIA lo impide.)

LIBIA.- ¡No Serbio! ¡No le hagas nada!

Me tienes tú que escuchar.

De nada vale luchar

por mujer tan desdichada.

Tenéis todos que escucharme

porque no os quise hablar
y deciros la verdad
de mi pasado, y callarme.

Serbio, yo quise contarte
de mi vida el pasado;
ahora te has enterado.
¡Yo no quise engañarte!

Ese maldito bribón
es el amo que he tenido,
y ese vil malparido
es un maldito lenón.

Tú me has dado un gran amor.
¡Nunca podré olvidarlo!
Yo no puedo compensarlo;
sólo te he hecho traición.

Perdona que así te hable.
Gracias, gran Sacerdotisa,
pues con tu ayuda precisa
me encontraste una madre.

Perdona tú, madre mía;
por el amor que me has dado
creí haber encontrado
a la que perdí un día.

Ática, Galo, hispanos,
gracias por vuestra acogida;
os estoy agradecida
y os quiero como hermanos.

(Pausa.)

Pero no quiero alargar
mi presencia en vuestras vidas;
es hora de despedida,
para no veros jamás.

**(JULIA se ha sentado en el triclinio y llora con la cara
entre las manos. SERBIO está abatido. Todos están
conmocionados.)**

PIESPLANOS.- Libia, yo puedo decirles que tú no...

LIBIA.- ¡Calla, miserable! ¿Quién puede creer la palabra de un rufián? ¡Calla, porque tu aliento envenena el aire que respiramos! Sólo quiero que me devuelvas la cajita donde guardo mis juguetes de niña. Una cajita que ya nunca jamás podré consagrar en un altar.

**(PIESPLANOS abre la maleta con exageradas
precauciones para que nadie vea su interior. Saca una
cajita de mimbre y se la da a LIBIA. Ésta la oprime contra
su pecho.)**

LIBIA.- ¡Oh, mis buenos padres queridos! ¿Por qué permitieron los dioses que me separaran de vuestro lado? ¿Qué delito cometisteis para nacer yo tan desgraciada? **(Pausa. Abre la cajita, saca de ella una pequeña daga e intenta clavársela en el corazón.)** ¡Que los dioses se apiaden de mi alma!

**(SERBIO ha visto la acción y le sujeta la mano. La caja y la daga caen al suelo. La recoge un ESCLAVO. LIBIA se desvanece en brazos de SERBIO. Conmoción general.
JULIA se acerca y la acaricia con mucha ternura. La SACERDOTISA va al centro y se pone en medio de todos.)**

SACERDOTISA.- ¡De los tremendos dolores

que Libia ha padecido,
ese lenón maldecido
es culpable, pescadores.

¡No podemos tolerar
que al fango sigan cayendo
niñas, que prostituyendo
va ese maldito rufián.

No podemos consentir
que se la vuelva a llevar,
porque la iba a explotar
hasta hacerla sucumbir.

PESCADORES.- ¡Haced una cruz, hermanos!

Vamos a sacrificarle
Y en una cruz clavarle,
Como hacen los romanos.

(Le cogen en volandas e inician el mutis, pero en ese momento entran REBANACUELLOS y los SOLDADOS que rodean a todos con las espadas desenvainadas.)

REBANACUELLOS.- ¡Quieto todo el mundo! (**Silencio temeroso.**) ¡Al que se mueva, lo rebano! (**Se cuadra ante PINCHAPECES.**) ¡A tus órdenes, jefe! Se han burlado de ti y de nosotros. ¡Nos han engañado! ¿Los rebano?

(PINCHAPECES, al verse seguro, adquiere de nuevo su petulancia habitual.)

PINCHAPECES.- Espera. Sí; los vas a rebanar a todos. ¡A todos! Aquí va a morir hasta... ¡el apuntador! ¿Dónde está el apuntador?

CANTAMAÑANAS.- Aquí, mi dueño y señor. Al lado del más genial soldado. ¡Del invicto!

PINCHAPECES.- Pues coge las tablas y apunta. ¡Oh, qué gran hazaña voy a protagonizar!

CANTAMAÑANAS.- (Más pelota que nunca.) ¡Ni el mayor poeta de todos los siglos sería capaz de describir la que vas a liar ahora!

PINCHAPECES.- Tú lo has dicho. Ni Esquilo, ni Sófocles, ni Eurípides, en todas sus obras juntas hicieron la escabechina que voy a hacer ahora yo. Apunta todo lo que veas y oiga.

REBANACUELLOS.- Jefe, te advierto que éste es el más traidor.

PINCHAPECES.- ¡Pues al degüello, como todos!

(REBANACUELLOS saca una chaira de matarife y con inmenso placer afila su espadín, cayéndosele la baba de gusto. LIBIA vuelve en sí. El ESCLAVO que la recogió le devuelve la cajita, pero antes de que la coja LIBIA, se la arrebató JULIA. ÁTICA se ha dado cuenta del detalle y saca la cajita que JULIA hizo en el principio de este acto. Se la da a JULIA. Ésta, transfigurada, muestra las dos juntas. Son idénticas, aunque una más amarilla que la otra por efecto del paso del tiempo.)

JULIA.- (Casi histérica.) ¿De dónde ha salido esta cajita? ¡Por todos los dioses, decidme de dónde ha salido!

LIBIA.- Es mía. ¡No me la quites, por favor! Es una reliquia para mí.

JULIA.- (Con la voz quebrada por la emoción.) Esta cajita la hice yo con mis propias manos para mi hija. ¡Oh, dioses inmortales! ¡Por fin habéis atendido mis ruegos! (A todos.) ¡Es ella! ¡Es mi hija! ¡Nunca perdí la esperanza de encontrarla! ¡Mi

corazón me decía que no había muerto y que algún día la encontraría! **(La abraza, la besa, la mira, como si fuera la primera vez que la ve. Ríe. Llor.)** ¡Pero, cómo te he encontrado, hija mía! ¡En manos de ese miserable! ¡Pero ya se han acabado tus penas y las mías! ¡Puedes ir con la cabeza muy alta porque yo te defenderé! ¡Y si alguien tiene la osadía de reprocharte lo más mínimo tendrá que verse las caras con ésta matrona romana! ¡Con Julia! ¡¡¡La Bienpeiná!!!

(RAJANALGAS, que ha contemplado absorto la escena, ha ido retrocediendo lentamente hasta el templo. Allí queda postrado ante Venus con la cabeza baja. Todo el mundo esta emocionado. REBANACUELLOS hace pucheros y rompe a llorar ruidosamente.)

REBANACUELLOS.- ¿Lo ves, jefe? ¡Si yo no puedo ver sufrir a la gente! ¡Qué drama! **(Se suena ruidosamente la nariz.)**

ÁTICA.- **(Viendo llorar a CANTAMAÑANAS.)** ¡Eso sí que es un drama! ¡Está llorando hasta el apuntador! **(Llora ella también.)**

PINCHAPECES.- **(Compungido, a REBANACUELLOS, señalando a PIESPLANOS.)** ¡Ése es el culpable de todo! ¡Rebánale!

(REBANACUELLOS se va hacia PIESPLANOS y con furiosa destreza le pone el espadín en el cuello. PIESPLANOS, aterrado, grita.)

PIESPLANOS.- ¡¡¡Nooooo!!! ¡Pinchapeces, tengo que hacer una confesión!

(REBANACUELLOS se detiene, pero, sin abandonar la postura, mira inquisitivo a PINCHAPECES.)

PINCHAPECES.- Si es su última voluntad, que hable.

(REBANACUELLOS le suelta y PIESPLANOS cae de rodillas con las manos cruzadas, suplicante.)

PIESPLANOS.- ¡Yo no he prostituido a esa chica! ¡La tormenta fue ayer al amanecer! Yo la compré una hora antes en el mercado de Cádiz e inmediatamente subimos a bordo. Una hora después naufragamos. ¡Yo no le he hecho nada! ¡No soy culpable de nada! ¡Soy inocente! ¡¡¡Soy inocente!!!

(Pausa. PINCHAPECES reflexiona.)

PINCHAPECES.- Entonces, si Libia no está... (Gesto expresivo.) Pues siendo así, nada me impide casarme con ella.

REBANACUELLOS.- ¡Pero todos intentaron engañarte!

PINCHAPECES.- Sí; es cierto. (Piensa.) ¡Nada, nada! ¡He dicho que hoy hago una escabechina y la hago! ¡Decidido: yo me llevo a la chica y tú los rebanas a todos!

(Revuelo general. PINCHAPECES coge de la mano a LIBIA y se dispone a marchar, pero JULIA agarra a PINCHAPECES y se lo lleva a primer término.)

JULIA.- (Aparte, a PINCHAPECES, muy trágica.) ¡No puedes casarte con Libia, porque cometerías incesto!

PINCHAPECES.- ¿Qué dices?

JULIA.- (Como una Medea cualquiera.) ¡Libia es hija tuya!

PINCHAPECES.- (Desconcertado se lleva las manos a la cabeza.) ¿Que Libia es hija mía?

(JULIA afirma con la cabeza. Observa el efecto de su confesión en PINCHAPECES, que puede ser trascendental. Pausa. PINCHAPECES parece aterrado con la noticia.)

¡Oh!...¡Ah!...¡Ay! (Pausa. Mira a JULIA.) ¡Ay, qué trola!

JULIA.- Jamás te lo dije porque para mí era un hecho adúltero y bochornoso.

PINCHAPECES.- ¡A ver, a ver! ¡Explícame eso, porque yo no recuerdo haber yacido contigo en el tálamo!

JULIA.- ¿Recuerdas aquellas saturnales que pasamos en Roma? Yo estaba recién casada, con todo el fuego de mi ardorosa juventud; tú bebiste demasiado y tuve que llevarte a la cama para que durmieses la mona. ¡Estabas tan bello con aquella caída de ojos, que no pude resistir la tentación y... (Haciendo pucheros.) te violé!

PINCHAPECES.- (Tontito, por el halago a sus ojos.) Es que yo cuando bebo un poquito pongo unos ojos tan pillines... Pero el caso es que yo no me acuerdo.

(JULIA esta convencida de que con un poco más, le convencerá.)

JULIA.- Yo te daré detalles y ya verás como recuerdas.

(Siguen hablando aparte. RAJANALGAS está mirando a la diosa. Nadie ha reparado en él hasta ahora. El siguiente monólogo es absolutamente sincero.)

RAJANALGAS.- Me quitaste a mi hija, que era lo que más quería, y ahora me la devuelves prostituida. Tenía ya en las manos el cargo de recaudador, y también me lo has quitado. He llevado una vida de lujuria y desenfreno y por eso me has castigado. ¡Esto es una venganza! ¡Que te quiten para siempre el título de diosa de la bondad, porque eres cruel y vengativa!

¡Más daño no has podido hacerme, diosa infame! ¡Eres una hiena sedienta de sangre! ¡Toma la mía también a ver si con ella revientas! **(Ha sacado una enorme faca y se lo pone en la garganta. Pero de pronto un terrible grito le paraliza.)**

LIBIA.- ¡¡¡No!!! ¡No, padre mío! ¡No puedes hacer eso ahora que te he encontrado!

JULIA.- **(Corriendo hacia LIBIA, aparte.)** ¡No le digas eso porque entonces se mata de verdad! Hay que seguirle la corriente.

RAJANALGAS.- **(Sin moverse.)** Mis delitos y ofensas no tienen perdón.

JULIA.- Tienes razón. ¡Mátate!

(Pausa. Sin quitarse la navaja de la garganta, RAJANALGAS vuelve la cabeza, mira a JULIA y mueve la cabeza, como diciendo: «este es el pago...».
REBANACUELLOS protesta por la competencia que le quiere hacer RAJANALGAS.)

REBANACUELLOS.- ¡Jefe, que se rebana él solo!

PINCHAPECES.- ¡No te mates, amigo mío!

(JULIA, al oír a PINCHAPECES, corre hacia él.)

RAJANALGAS.- ¡Sí! ¡Es mi destino!

JULIA.- **(A PINCHAPECES.)** ¡Déjale! ¡Será un mal padre para tu hija!

PINCHAPECES.- ¡Ah! Pues tienes razón. **(A RAJANALGAS.)** ¡Bueno, sí; mátate!

(RAJANALGAS baja las manos y se vuelve, mosqueadísimo. JULIA mira a PINCHAPECES poniendo la cara más fea que le sea posible.)

JULIA.- ¡Eso, que se mate! ¡Así, muerto él, podré ser tu esposa!

(PINCHAPECES la mira aterrorizado y sale corriendo hasta donde está RAJANALGAS.)

PINCHAPECES.- ¡¡¡Noooo!!! ¡Espera, Rajanalgas, no te mates! ¡No me hagas esa faena, amigo mío!

RAJANALGAS.- ¿Y para qué quiero vivir ya?

PINCHAPECES.- (Mirando temeroso a JULIA.) ¡Vamos, chiquitín, bonito, no te mates!

RAJANALGAS.- ¡Estoy harto de la vida!

PINCHAPECES.- ¡Pero si lo tienes todo! Yo te voy a conseguir el cargo. Y por si fuera poco, has encontrado a tu hija.

RAJANALGAS.- Sí; prostituida. ¡Con lo putero que he sido yo! ¡Cómo me remuerde la conciencia!

PINCHAPECES.- ¡Tu hija no está prostituida!

RAJANALGAS.- Entonces, ¿te casarás con ella?

PINCHAPECES.- ¡No, eso no!

RAJANALGAS.- ¿Lo ves? ¡Me estás mintiendo!

PINCHAPECES.- ¡Que no! ¡Es verdad!

JULIA.- (Impaciente.) ¡Mátate ya de una vez, pesado!

PINCHAPECES.- ¡No le hagas caso!

RAJANALGAS.- ¡La tirria que ha cogido esta tía con que yo me mate! ¡Pues ahora no me mato, hala!

(RAJANALGAS cierra la boca y se la guarda. Se abraza a PINCHAPECES. Todos celebran el feliz desenlace. Pero REBANACUELLOS se impacienta.)

REBANACUELLOS.- ¡Jefe! ¿Cuándo empezamos a rebanar?

PINCHAPECES.- ¡Ahora mismo! ¡Empieza por ese Cantamañanas! (**Baja el pulgar.**)

(REBANACUELLOS va decidido tras él, pero CANTAMAÑANAS le rehuye.)

CANTAMAÑANAS.- ¡Espera, déjame que hable!

REBANACUELLOS.- (Corriendo tras él.) ¡No le haga caso, jefe, que te líe!

CANTAMAÑANAS.- Si me matas a mí, ¿quién va a cantar tus gloriosas hazañas?

PINCHAPECES.- (Se pone hueco y todo vanidoso, sube el pulgar.) ¡Tiene razón!

REBANACUELLOS.- ¡Es un traidor y sus cantos serán falsos!

PINCHAPECES.- (Convencido, baja el pulgar.) ¡Tienes razón!

CANTAMAÑANAS.- ¡Yo sólo cuento y canto lo que veo, y lo que veo es verdad!

PINCHAPECES.- (Ufano, sube.) Tiene razón.

REBANACUELLOS.- ¡Contará cosas malas para desprestigiarte!

PINCHAPECES.- (Ofuscado, baja.) ¡Tienes razón!

CANTAMAÑANAS.- ¡Tú eres conocido en el mundo entero! ¿Quién podrá creerme si miento?

PINCHAPECES.- (Halagado, sube.) Tiene razón.

JULIA.- Si dice la verdad, dirá que mataste a gente pacífica, inocente e indefensa, como vas a hacer ahora.

PINCHAPECES.- (Avergonzado.) Tiene razón.

REBANACUELLOS.- ¡Todos los que son rebanados están indefensos porque están vencidos!

PINCHAPECES.- (Resoluto, baja.) Tiene razón.

SERBIO.- Eso puede justificarse después de una batalla con militares armados; pero aquí sólo hay civiles y desarmados. ¡Será un cobarde genocidio!

PINCHAPECES.- (Avergonzado, sube.) Tiene razón.

REBANACUELLOS.- ¡Cuando se hace justicia no hay crimen ni genocidio! ¡La justicia no mata: ejecuta!

PINCHAPECES.- (Decidido, baja.) ¡Tienes razón!

LIBIA.- ¡Esto no es justicia, sino venganza!

PINCHAPECES.- (Enternecido, sube.) Tiene razón.

SACERDOTISA.- ¡Te denunciaré ante la Curia, y el Senado te expulsará del ejército y te decapitará!

PINCHAPECES.- (Acobardado, sube.) Tiene razón.

JULIA.- Y si todos somos gentes tan razonables, ¿por qué nos vas a matar?

PINCHAPECES.- (Idiotizado.) Tiene razón.

JULIA.- Libia debe casarse con el hombre al que ama: con Serbio.

PINCHAPECES.- (Babeando enternecido.) Tienes razón.

RAJANALGAS.- ¿Con ese esclavo? ¡Pinchapeces, tú estás loco!

(A PINCHAPECES le ha entrado un tic nervioso en todo el cuerpo y ya está loco perdido subiendo y bajando el pulgar. Inicia el mutis. Los SOLDADOS y REBANACUELLOS le siguen. Camuflado entre ellos va PIESPLANOS con la maleta. RAJANALGAS intenta quitársela amenazándole con la navaja. PIESPLANOS se resiste, pero los PESCADORES le miran y se van hacia él. Entonces, abandona y huye despavorido.)

PINCHAPECES.- ¡Tiene razón! ¡Tiene razón! ¡Tiene razón!
¡Tiene razón!....

(SERBIO y LIBIA, y ÁTICA y CANTAMAÑANAS se abrazan. Así lo hacen también JULIA con GALO y la SACERDOTISA. RAJANALGAS se lleva la maleta a un extremo jardín e intenta abrirla, pero no puede. No tiene la llave. Busca numerosas artimañas para abrirla. En esa actividad seguirá hasta que se indique.)

JULIA.- ¡Hemos triunfado!

TODOS.- ¡Hurra, hurra, hurra!

SACERDOTISA.- Haremos un sacrificio en acción de gracias.

SERBIO.- (A la SACERDOTISA.) ¡Hay que celebrar las bodas enseguida! ¡Pinchapeces puede volver!

JULIA.- ¡Qué va! Le he hecho creer una cosa...

CANTAMAÑANAS.- No me fío. Ese está como una chota y le da la razón al último que le habla. ¡Hay que celebrar las bodas ahora mismo!

SACERDOTISA.- ¡Imposible! Sólo Libia está vestida para la ceremonia.

CANTAMAÑANAS.- Todo está previsto. Mi ropa y la de mi capitán la tengo escondida ahí y en un instante nos vestimos.

ÁTICA.- Yo también la tengo. ¿Verdad que sí, ama?

JULIA.- Sí, hija. ¡Corre a vestirte! ¡Ya eres libre! Puedes coger la cajita nueva que hice para Libia.

ÁTICA.- ¡Que la diosa del amor te lo pague!

(ÁTICA corre como loca y desaparece en la casa. SERBIO y CANTAMAÑANAS se van por la izquierda.)

JULIA.- (A un ESCLAVO.) Trae el cordero más gordo.

(El ESCLAVO aludido se va por la casa. A GALO y al otro ESCLAVO.)

Retirad esa capilla de aquí y después traed vino.

(GALO y el otro ESCLAVO cogen la capilla y la llevan al foro y hacen mutis por la casa. Vuelve el ESCLAVO con el cordero y hace igual que al final de la primera parte, detrás de la barca. La SACERDOTISA prepara el altar. JULIA da los últimos toques al traje de LIBIA y después se retoca el peinado. Entran SERBIO y CANTAMAÑANAS vestidos de uniformes iguales, aunque el de SERBIO lleva un distintivo que lo distingue. Vuelven GALO y el ESCLAVO con vino y se lo dan a los PESCADORES.)

PESCADORES.- ¡Un hurra por Serbio
y Cantamañanas!
Teníamos ganas
de ver el final.
Tendremos dos bodas;
después el banquete.
El vino clarete

está colosal.

MUJERES.- ¡Un hurra por Libia!

Muchacha bonita,
tu linda boquita
de Serbio es ya.

PESCADORES.- ¡Bebamos, amigos!

¡Salimos de apuros:
cayeron los muros
de la oposición!

MUJERES.- Nadie ya se opone

a vuestros amores,
y los pescadores
contentos al fin.

PESCADORES.- Buen vino bebamos,

contentos bailemos,
pues celebraremos
la boda al final.

Y si los romanos
nos tienen vencidos
y así sometidos
a su autoridad,

nosotros, los pobres,
somos muy felices
por dar de narices
al ruin militar.

(Entra ÁTICA vestida de novia, con cara feliz y resplandeciente.)

MUJERES.-

Viene ya, Ática.

Liberta del yugo
jamás nunca tuvo
más felicidad.

Ya el Rajanalgas
no puede asediarte.
Ese gerifalte
con otra lo hará.

Quería el idiota
contigo pasarse
para así ligarse
un rico bombón.

TODOS.-

¡Que vivan los novios,
la Sacerdotisa,
la gracia y la risa
de la Bienpeiná.

(La SACERDOTISA levanta las manos y ordena silencio. Dos ESCLAVOS han sacado del templo un banco y lo ponen en el centro, mientras GALO conduce a los novios y los sitúa en él, mirando al público. A continuación entrega a la SACERDOTISA las dos cajitas. Luego habla aparte con las MUJERES, una a una, dando instrucciones. Es el maestro de ceremonias y está en su salsa. Con las tablillas de CANTAMAÑANAS hace firmar a los hombres como testigos. No más de diez. La boda es exactamente como él lo dijo en el ensayo. Lo que pasa que aquello salió hecho una chapuza. Ahora se hará todo en serio. Ver el ensayo. El ESCLAVO que se llevó el cordero tras la barca le entrega a GALO las entrañas del animal, que las recoge en una patena y se la entrega a la SACERDOTISA. Ésta las pone sobre el ara y las escudriña. Se vuelve.)

SACERDOTISA.- ¡Los auspicios son inmejorables!

(Gritos de alegría en todos. La SACERDOTISA se vuelve y ofrece a la diosa la patena. Después coge las dos cajitas y las ofrece a la Venus.)

SACERDOTISA.- ¡Oh, Venus, diosa del eterno amor! Estas cajitas con los juguetes de niña de Ática y de Libia las ofrecen a ti, porque dejan de ser niñas para convertirse en esposas. (Se vuelve a los contrayentes.) Serbio: ¿quieres por esposa a Libia?

SERBIO.- ¡Sí, quiero!

SACERDOTISA.- Libia: ¿quieres por esposo a Serbio?

LIBIA.- ¡Sí, quiero!

SACERDOTISA.- ¿Juráis amaros eternamente?

SERBIO y LIBIA.- ¡Sí, juro!

SACERDOTISA.- Pues que Venus, la diosa del amor, os proteja y os bendiga por toda la eternidad. (Se dirige a la otra pareja.) Milbio: ¿quieres por esposa a Ática?

(MILBIO, es decir, CANTAMAÑANAS, no se da por aludido. Silencio. ÁTICA muy sorprendida y angustiada, le da un codazo.)

CANTAMAÑANAS.- ¡Arrea! ¡Si Milbio soy yo! Como nadie me llama así, claro, lo había olvidado. (A la SACERDOTISA.) ¡Yo a ésta la quiero más que a la madre que me parió!

SACERDOTISA.- Tienes que decir sí, o no.

CANTAMAÑANAS.- ¡Que sí, jefa, que sí! ¡Sííí!

SACERDOTISA.- Ática; ¿quieres por esposo a Milbio?

ÁTICA.- (Con gesto de enfado.) ¡No!

(Estupor general. Murmullos. ÁTICA pone de pronto la mejor de sus sonrisas.)

No, a Milbio, no. ¡Yo quiero a Cantamañanas! ¡Sí, madre sacerdotisa, sí quiero!

(Gestos alegres y risas en todos.)

CANTAMAÑANAS.- ¡Olé mi niña!

SACERDOTISA.- ¿Juráis amaros eternamente?

ÁTICA.- ¡Sí, juro!

CANTAMAÑANAS.- Yo no lo juro. ¡Yo lo jururujó! ¡A ésta la voy a querer yo a destajo porque la eternidad se me va a hacer muy corta!

SACERDOTISA.- ¿Juras amarla eternamente?

CANTAMAÑANAS.- ¡Que sí, jefa! ¡Síííí!

SACERDOTISA.- Pues que Venus, la diosa del amor, os proteja y os bendiga por toda la eternidad. Y yo, sacerdotisa del templo de Venus, os declaro a las dos parejas, marido y mujer.

(Alegría, jolgorio en todos, vivas. Ahora GALO coge la piel del cordero, la pone en el banco e invita a sentarse a los cuatro. Unas MUJERES ponen un velo sobre los cuatro. GALO ordena que se levanten y desfilen alrededor, o delante del altar. Otras MUJERES, con canastillas de flores echan pétalos de rosas al altar, a la SACERDOTISA, a JULIA y a los novios. Terminado el cortejo, al son de la música, vuelven al banco y permanecen de pie. En medio de las dos parejas se colocan GALO, al lado de ÁTICA, y JULIA, al lado de LIBIA.)

SACERDOTISA.- Con el pueblo por testigo

y en presencia de la diosa.

Como maridos y esposas

os declaro y os bendigo.

JULIA.-

El amor ha conseguido

unir dos razas señeras:

la romana y la ibera.

¡Un nuevo pueblo ha nacido!

SACERDOTISA.-

¡Que esta conjunción de amor

nadie intente deshacer

pues tendrá que padecer

de la diosa el furor.

JULIA.-

Y si alguien anular

estas dos bodas osara

tendrá que verse la cara

con Julia, ¡la Bienpeiná!

(Risas, aplausos, jolgorio, abrazos. En el foro aparece la barca engalanada con guirnaldas de flores y cuatro PESCADORES a bordo. SERBIO y CANTAMAÑANAS cogen a LIBIA y a ÁTICA, se las echan al hombro, perpetuando el recuerdo del rapto de las sabinas, y corren hacia la barca, mientras ellas, muy alegres, se despiden de todos con la mano. Suben a la barca y ésta zarpa lentamente.)

GALO.- (Dando gritos a los novios.) ¡Eh! ¡Esperad! ¡El rapto es al final del banquete!

(Pero están tan entusiasmados, que no le hacen caso. Todos miran al foro despidiéndoles con la mano. Todos permanecen de espaldas. Mientras tanto, RAJANALGAS ha logrado abrir la maleta y está deslumbrado al ver tanta riqueza: una corona de laurel, una bandeja de frutas, collares, pulseras, etc.)

RAJANALGAS.- ¡Rico! ¡¡Soy rico!! ¡¡¡Soy ricoooo!!!

FIN

94